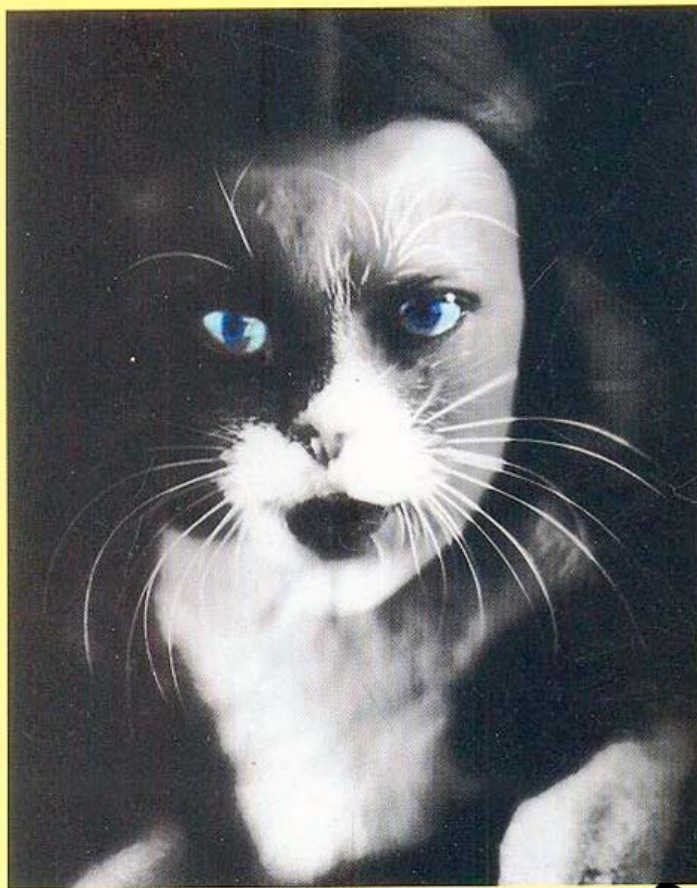


IAN McEWAN

En las nubes



se

En estos siete episodios exquisitos e interconectados, Peter Fortune, un hombre ya adulto, nos revela el secreto de los viajes, las metamorfosis y las aventuras de su infancia: Ian McEwan nos brinda una encantadora obra de ficción que se dirige por igual a niños, jóvenes y adultos. Peter es un niño de diez años que se pasa el día en las nubes. Los mayores le consideran problemático, aunque no molesta ni es especialmente travieso. Su único problema es que vive inmerso en sus fantasías, algo que los mayores no pueden comprender ni aceptar, ya que quieren saber siempre qué pasa por la cabeza de los demás. En alguna parte entre ficción y realidad, Peter experimenta fantásticas transformaciones que nos hacen trasladarnos a nuevos y fascinantes universos: intercambia el cuerpo del gato de la familia por el de un niño malhumorado, lucha contra una muñeca diabólica que de pronto ha cobrado vida en busca de venganza, y descubre en el cajón de la cocina una especie de crema facial que en realidad hace desaparecer a la gente. Y en la última historia se despierta como un niño de once años encerrado en el cuerpo de un adulto, y se embarca en la aventura realmente fantástica de enamorarse. Gracias a todas estas transformaciones, Peter irá descubriendo nuevas cosas de sí mismo y de los demás; y de ello nacerá un profundo respeto por todos los seres y las cosas que pueblan su vida. Conmovedora, irreal y extraordinaria, esta novela, muy leída y también alabada por la crítica, es una celebración de la imaginación y la fantasía.

Ian McEwan

En las nubes

Título original: *The Daydreamer*

Ian McEwan, 1994

Traducción: Gabriel López-Guix

Editor digital: Big Bang

ePub base r1.1

A Polly, Alice, William y Gregory, con agradecimiento.

Deseo decir de formas ya mudadas en nuevos cuerpos.

OVIDIO,

Las metamorfosis, Libro primero

PETER FORTUNE

Cuando Peter Fortune tenía diez años, algunos adultos le decían a veces que era un niño «difícil». Nunca comprendió lo que querían decir. Él no se consideraba en absoluto difícil. No estrellaba las botellas de leche contra el muro del jardín, ni se echaba salsa de tomate en la cabeza y fingía que sangraba, ni le golpeaba los tobillos a la abuela con la espada, aunque de vez en cuando se le ocurrieran esas ideas. A excepción de todas las verduras menos las patatas, el pescado, los huevos y el queso, comía de todo. No era más ruidoso, sucio o tonto que ninguna de las personas que conocía. Su nombre era fácil de pronunciar y deletrear. Su cara, pálida y pecosa, era bastante fácil de recordar. Iba a la escuela todos los días como los demás niños y nunca armó demasiado escándalo por eso. Con su hermana no era más insoportable de lo que ella lo era con él.

Nunca la policía llamó a la puerta con intención de detenerlo. Nunca unos médicos vestidos de blanco quisieron llevárselo al manicomio. En opinión de Peter, él era de lo más fácil. ¿Qué tenía de difícil?

Peter lo comprendió por fin cuando ya hacía años que era adulto. Creían que era difícil por lo callado que era. Eso parecía preocupar a la gente. El otro problema era que le gustaba estar solo. No siempre, claro. Ni siquiera todos los días. Pero la mayoría de los días le gustaba quedarse a solas durante una hora en algún sitio, en su habitación o en el parque. Le gustaba estar solo y pensar en sus cosas.

Ahora bien, a los adultos les gusta creer que saben lo que pasa por la cabeza de un niño de diez años. Y es imposible saber lo que alguien está pensando si esa persona no lo cuenta. La gente veía a Peter tumbado de espaldas alguna tarde de verano, mascando una brizna de hierba y mirando el cielo. «¡Peter, Peter! ¿En qué estás pensando?», le gritaban. Y Peter se incorporaba sobresaltado. «Oh, en nada. En nada». Los adultos sabían que algo ocurría en el interior de esa cabeza, pero no podían oírlo, ni verlo ni sentirlo. No podían decirle a Peter que parara porque no sabían lo que estaba haciendo. Habría podido estar incendiando la escuela, tirando a su hermana a los cocodrilos o huyendo en globo, pero lo único que veían era un niño mirando el cielo azul sin pestañear, un niño que no oía cuando lo llamaban por su nombre.

En cuanto a lo de estar solo, eso tampoco les gustaba demasiado a los adultos. Ni siquiera les gusta que otros adultos estén solos. Cuando te juntas con otros, la gente ve lo que estás haciendo. Estás haciendo lo que ellos están haciendo. Peter tenía ideas diferentes. Juntarse con los demás estaba muy bien, en su momento. Pero sin exagerar. En realidad, pensaba, si la gente dedicara menos tiempo a juntarse y a hacer que los demás se juntaran y dedicara un poco más de tiempo al día a recordar quiénes eran o quiénes podrían ser, el mundo sería un lugar mucho más feliz y quizá nunca habría guerras.

En la escuela, dejaba a menudo su cuerpo sentado en el pupitre mientras su mente se perdía en las nubes. Incluso en casa, tener la cabeza en las nubes lo metía a veces en líos. Una Navidad, el padre de Peter, Thomas Fortune, estaba colgando adornos en la sala. Era algo que odiaba. Siempre lo ponía de mal humor. Había decidido colocar serpentinas en un rincón. Pues bien, en ese rincón había un sillón y en el sillón, sin hacer nada en concreto, estaba Peter.

—No te muevas, Peter —dijo Thomas Fortune—. Voy a subirme al respaldo del sillón para colgar esto ahí arriba.

—Muy bien —dijo Peter—. Adelante.

Thomas Fortune se subió al sillón, y Peter siguió sumido en sus pensamientos. Parecía que no estuviera haciendo nada, pero en realidad estaba muy ocupado. Estaba inventando un divertido sistema para bajar a toda prisa de una montaña utilizando una percha y un cable tensado entre dos pinos. Siguió pensando en ese problema mientras su padre permanecía de pie en lo alto del sillón, haciendo grandes esfuerzos y soltando bufidos en su intento de llegar hasta el techo. ¿Cómo podría uno deslizarse, se preguntó Peter, sin chocar contra el árbol en el que estaba amarrado el cable?

Fue quizá el aire de la montaña lo que le hizo recordar que tenía hambre. En la cocina había un paquete de galletas de chocolate sin abrir. Era una lástima seguir despreciándolas. Al levantarse, oyó un tremendo estrépito a su espalda. Peter se dio la vuelta a tiempo para ver a su padre cayendo de cabeza en el hueco que había entre el sillón y el rincón. Luego Thomas Fortune reapareció, de nuevo con la cabeza por delante y un aspecto de parecer dispuesto a cortar a Peter en trocitos. En el otro extremo de la habitación, la madre de Peter se tapó la boca con una mano para contener la risa.

—Oh, papá, lo siento —dijo Peter—. Me había olvidado de que estabas ahí.

Poco después de su décimo cumpleaños, se le encomendó la tarea de llevar al colegio a su hermana de siete años, Kate. Peter y Kate iban a la misma escuela. Estaba a un cuarto de hora andando o un corto trayecto en autobús. Hasta ese momento, habían acudido caminando con su padre, que los dejaba camino del trabajo; pero se consideró entonces que los niños eran ya lo bastante mayores como para ir solos en autobús, y Peter sería el responsable.

La escuela estaba sólo a dos paradas de su casa, pero, por la forma en que sus padres no dejaban de hablar del tema, podría haberse pensado que Peter llevaba a Kate al polo norte. Se le daban instrucciones la víspera. Cuando se despertaba tema que volver a oírlas. Luego sus padres las repetían de nuevo durante el desayuno. Cuando los niños estaban a punto de salir a la calle, su madre, Viola Fortune, repasaba las reglas por última vez. Todos deben de creer que soy tonto, pensaba Peter. A lo mejor lo soy. Tenía que llevar a Kate de la mano todo el rato. Tenían que sentarse en el piso de abajo del autobús, con Kate junto a la ventana. No tenían que entablar conversación con chiflados ni granujas. Peter tenía que decirle al conductor el nombre de su parada en voz alta, sin olvidar añadir «gracias». Tenía que mantener la vista fija en el camino.

Peter le repetía otra vez todo esto a su madre y partía hacia la parada de autobús con su hermana. Iban cogidos de la mano todo el camino. En realidad, eso no le importaba porque lo cierto era que Kate le gustaba. Lo único que deseaba era que ninguno de sus amigos lo viera de la mano de una niña. El autobús llegaba. Subían y se sentaban en el piso de abajo. Era ridículo estar allí sentados con las manos cogidas y, además, había algunos niños del colegio, de modo que se soltaban. Peter se sentía orgulloso. Podía hacerse cargo de su hermana en cualquier lugar. Kate podía confiar en él. En el caso de que estuvieran solos en un desfiladero y se encontraran con una manada de lobos hambrientos, Peter sabría exactamente qué debería hacer. Con cuidado para no hacer ningún movimiento brusco, se iría moviendo con Kate hasta tocar con la espalda alguna gran roca. De ese modo, los lobos no podrían rodearlos.

A continuación, saca del bolsillo dos cosas importantes que no ha olvidado llevar consigo: la navaja y una caja de cerillas. Saca la navaja de la funda y la deja en la hierba, a punto por si los lobos atacan. Ya se acercan. Están tan hambrientos que babea, gruñen y aúllan. Kate llora, pero él no puede consolarla. Sabe que tiene que concentrarse en su plan. Justo a sus pies hay algunas hojas y ramitas secas. Rápida y hábilmente, Peter forma con ellas un pequeño montón. Los lobos se acercan poco a poco. No puede fallar. Sólo queda una cerilla en la caja. Pueden oler el aliento de los lobos: un terrible hedor a carne podrida. Peter se inclina, ahueca la mano y enciende

la cerilla. Hay una ráfaga de viento, la llama parpadea, pero Peter logra mantenerla encendida cerca del montón, el fuego prende, primero una hoja, luego otra, luego el extremo de una ramita, y el pequeño montón no tarda en arder. Reúne más hojas, ramitas y palos más grandes. Kate ha comprendido la idea y lo ayuda. Los lobos retroceden. A los animales salvajes les aterroriza el fuego. Las llamas se elevan cada vez a mayor altura, y el viento empuja el humo hacia sus babeantes fauces. Entonces Peter coge la navaja y...

¡Absurdo! Era perdiéndose en las nubes de esa manera como corría el riesgo de saltarse la parada. El autobús se había detenido. Los niños de su escuela ya estaban bajando. Peter se incorporó de golpe y logró saltar a la acera en el preciso instante en que el autobús se ponía de nuevo en marcha. Llevaba andados más de cincuenta metros por la calle cuando se dio cuenta de que había olvidado algo. ¿La cartera? ¡No! ¡Su hermana! La había salvado de los lobos y la había dejado allí sentada. Durante un instante no supo reaccionar. Se quedó contemplando cómo se alejaba el autobús.

—Vuelve —murmuró—. Vuelve.

Uno de los niños de su escuela se acercó y le dio un golpe en la espalda.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Has visto un fantasma?

La voz de Peter pareció provenir de muy lejos.

—Oh, nada, nada. Me he dejado una cosa en el autobús.

Y echó a correr. El autobús estaba ya a unos cuatrocientos metros y empezaba a frenar para la siguiente parada. Peter aceleró. Iba tan deprisa que, si hubiera levantado los brazos, seguramente habría podido despegar. Entonces habría sobrevolado la copa de los árboles y... ¡Pero no! No iba a empezar de nuevo a perderse en las nubes. Iba a traer de vuelta a su hermana. En ese momento debía de estar gritando presa del terror.

Algunos pasajeros se habían bajado, y el autobús volvía a alejarse. Peter estaba más cerca que antes. El autobús avanzaba lentamente detrás de un camión. Si lograba seguir corriendo y olvidarse del terrible dolor que sentía en las piernas y el pecho, lo alcanzaría. Cuando llegara a la altura de la parada, el autobús no estaría a más de cien metros. «Más deprisa, más deprisa», se dijo.

Estaba llegando a la parada, cuando alguien le gritó:

—¡Eh, Peter, Peter!

Peter no tuvo fuerzas para girar la cabeza.

—No puedo pararme —jadeó, e intentó seguir corriendo.

—¡Peter! ¡Para! ¡Soy yo! ¡Kate!

Echándose las manos al pecho, se derrumbó a los pies de su hermana.

—Cuidado con esa caca de perro —dijo Kate con calma mientras contemplaba cómo su hermano luchaba por recobrar el aliento—. Venga, vamos ya. Es mejor que volvamos o llegaremos tarde. Más vale que me des la mano para que no te metas en ningún lío.

Se dirigieron a la escuela juntos, y Kate prometió muy amablemente —a cambio del dinero semanal de Peter— no decir nada de lo que había pasado cuando regresaran a casa.

El problema de tener la cabeza en las nubes y no ser muy locuaz es que los maestros, sobre todo los que no te conocen mucho, probablemente piensen que eres bastante tonto. O, si no tonto, al menos aburrido. Nadie es capaz de ver las increíbles cosas que pasan por tu cabeza. Una maestra que viera a Peter mirando por la ventana o contemplando la hoja en blanco que tenía sobre el pupitre podía pensar que se aburría o que estaba atascado buscando una solución. Pero la verdad era muy diferente.

Por ejemplo, una mañana había un examen de matemáticas en la clase de Peter. Los niños tenían que sumar algunos números bastante altos en sólo veinte minutos. Casi nada más empezar la primera suma, en la que había que sumar tres millones quinientos mil doscientos noventa y cinco y otro número casi igual de alto, Peter se encontró pensando en el número más alto del mundo. Había leído la semana anterior algo sobre un número con el maravilloso nombre de gúgol. Un gúgol equivalía a diez multiplicado cien veces por diez. Un uno con cien ceros. E incluso había otra palabra mejor, una auténtica belleza: el gugolplex. Un gugolplex equivalía a diez multiplicado gúgol veces por diez. ¡Vaya número!

Peter dejó vagar su mente por ese fantástico tamaño. Los ceros se perseguían por el espacio como si fueran burbujas. Su padre le había dicho que los astrónomos calculaban que el número total de átomos de todos los millones de estrellas que podían ver con sus telescopios gigantes era de uno con noventa y ocho ceros. Todos

los átomos del universo juntos no sumaban ni siquiera un solo gúgol. Y un gúgol era una insignificancia en comparación con un gugolplex. Si le pidieras a alguien un gúgol de caramelos de chocolate, no había en el universo suficientes átomos para fabricarlos.

Peter apoyó la cabeza en una mano y suspiró. En ese preciso momento, la maestra dio una palmada. Habían pasado los veinte minutos. Lo único que Peter había hecho era escribir la primera cifra de la primera suma. Todos los demás habían acabado. La maestra había estado contemplando como Peter se quedaba mirando su página, no escribía nada y suspiraba.

Poco después lo pusieron con un grupo de niños con grandes dificultades para sumar incluso los números más bajos, como cuatro y seis. Peter no tardó en aburrirse y se le hizo aún más difícil prestar atención. Los maestros empezaron a pensar que era pésimo en matemáticas, incluso en ese grupo especial. ¿Qué iban a hacer con él?

Por supuesto, los padres de Peter y su hermana Kate sabían que Peter no era tonto, vago ni aburrido, y había maestros en la escuela que llegaron a darse cuenta de que en su cabeza pasaban todo tipo de cosas interesantes. Y el propio Peter comprendió, al hacerse mayor, que, puesto que la gente no sabe lo que te pasa por la cabeza, lo mejor que puede hacerse, si quieres que te comprendan, es decirlo. De modo que empezó a escribir algunas de las cosas que le pasaban cuando estaba mirando por la ventana o tumbado en el suelo mirando el cielo. Cuando se hizo adulto se convirtió en inventor, escritor de cuentos y llevó una vida feliz. En este libro encontrarás algunas de las extrañas aventuras que sucedieron en la cabeza de Peter, escritas exactamente tal como sucedieron.

1. LAS MUÑECAS

Desde que tenía uso de razón, Peter había compartido el cuarto con Kate. La mayor parte del tiempo, eso no le importaba. Kate estaba bien. Le hacía reír. Y había noches en que Peter se despertaba con una pesadilla y se alegraba de que hubiera alguien más en la habitación, aunque fuera su hermana de siete años, que no servía de mucho frente a las criaturas pieles rojas y cubiertas de fango que lo perseguían en su sueño. Cuando se despertaba, esos monstruos se deslizaban tras las cortinas o se metían en el armario. Con Kate en la habitación, se le hacía más fácil salir de la cama y echar a correr hacia el dormitorio de sus padres.

Pero había veces en que sí le importaba compartir la habitación. Y a Kate también. Había largas tardes en que se sacaban mutuamente de quicio. A un desacuerdo seguía una rencilla, y a la rencilla una pelea, una pelea de verdad con puñetazos, arañazos y tirones de pelo. Como Peter era tres años mayor, estaba convencido de ganar esas batallas totales. Y, en cierto sentido, así era. Siempre podía contar con lograr que Kate llorara primero.

Pero ¿era eso verdaderamente ganar? Kate podía contener la respiración, aguantar unos instantes y conseguir que su cara adquiriera el color de una ciruela madura. Entonces sólo necesitaba correr escaleras abajo y enseñarle a su madre «lo que Peter le había hecho». O podía echarse al suelo y hacer un ruido ronco con la garganta de manera que Peter pensara que se estaba muriendo. Entonces era él quien tenía que correr escaleras abajo para ir a buscar a su madre. Kate también podía gritar. Una vez, durante una de sus exhibiciones de ruidos, un coche que pasaba por delante de la casa se detuvo, de él salió un preocupado conductor que se puso a mirar a la ventana del dormitorio. Peter estaba justamente mirando por la ventana. El hombre cruzó corriendo el jardín, golpeó la puerta, convencido de que dentro estaba sucediendo algo terrible. Y así era. Peter le había cogido algo prestado a Kate y ella quería que se lo devolviera. ¡En el acto!

En tales ocasiones, era Peter el que se metía en problemas y Kate la que salía ganando. Así era como lo veía Peter. Cuando se enfadaba con Kate, tenía que pensárselo mucho antes de pegarle. A menudo lograban mantener la paz trazando una línea imaginaria que salía de la puerta y cruzaba todo el dormitorio. La parte de

Kate a un lado, la de Peter a otro. A un lado, la mesa de dibujar y pintar de Peter, su muñeco de peluche, una jirafa con el cuello torcido, los juegos de química, electricidad e imprenta, que nunca eran tan divertidos como prometían las fotos de las tapas de las cajas, y el baúl de aluminio donde él guardaba sus secretos y que Kate siempre estaba intentando abrir.

Al otro lado, la mesa de dibujar y pintar de Kate, su telescopio, su microscopio y su juego de imanes, que eran tan divertidos como prometían las fotos de las tapas de las cajas, y por todas partes en su mitad de la habitación estaban las muñecas. Se sentaban en la repisa de la ventana con las piernas colgando despreocupadamente, se mantenían en equilibrio sobre su cajonera de la ropa y se apoyaban en su espejo, se sentaban en un cochecito de juguete, apretadas como viajeros del metro. Las que gozaban de favor se acercaban más a la cama. Eran de todos los colores, desde negro charol hasta blanco cadavérico, aunque la mayoría eran de un rosa intenso. Algunas estaban desnudas. Otras con sólo una prenda, un calcetín, una camiseta o un sombrero. Unas pocas iban de punta en blanco con trajes de baile, vestidos con encajes y faldas largas con grandes cintas. Todas eran bastante diferentes, pero todas tenían una cosa en común: todas tenían la misma mirada furiosa fija y alucinada. Se suponía que eran bebés, pero sus ojos lo desmentían. Los bebés nunca miraban a alguien así. Cuando pasaba junto a las muñecas, Peter se sentía observado, y cuando salía de la habitación, sospechaba que hablaban de él, las sesenta.

De todas formas, nunca le hicieron ningún daño y sólo había una que realmente le desagradara. La Muñeca Mala. Ni siquiera a Kate le gustaba. Le tenía miedo, le tenía tanto miedo que no se atrevía a tirarla, no fuera a ser que volviera en mitad de la noche y se vengara. Era posible reconocerla en el acto. Era de un rosa que ningún humano había visto nunca. Mucho tiempo atrás, la pierna izquierda y el brazo derecho habían sido arrancados y de lo alto de su cráneo lleno de pequeños agujeros salía un único mechón de pelo negro. Sus fabricantes habían querido darle una sonrisa dulce, pero algo había fallado en el molde porque la Muñeca Mala siempre dibujaba una mueca con los labios y fruncía el ceño como si intentara recordar la cosa más repugnante del mundo.

De todas las muñecas, sólo la Muñeca Mala no era ni niño ni niña. Era sencillamente un ser indefinido. Estaba desnuda y se sentaba lo más lejos posible de la cama de Kate, sobre una repisa desde donde contemplaba a todo el mundo. Kate la cogía veces e intentaba calmarla con murmullos, pero no pasaba mucho tiempo antes de que se estremeciera y volviera a dejarla en su sitio.

La línea invisible funcionaba bien cuando la recordaban. Tenían que pedir permiso para cruzar la mitad del otro. Kate no podía curiosear en el baúl secreto de Peter y Peter no podía tocar el microscopio de Kate sin pedir permiso. En realidad, funcionó bastante bien hasta que una lluviosa tarde de sábado tuvieron una discusión, una de las peores, acerca de por dónde pasaba exactamente la línea. Peter estaba convencido de que estaba bastante alejada de su cama. Esa vez, Kate no necesitó volverse de color púrpura ni fingir que se moría ni gritar. Le dio a Peter en la nariz con la Muñeca Mala. La cogió por su única pierna, rechoncha y rosa, y le golpeó en la cara. De modo que fue Peter quien corrió escaleras abajo gritando A decir verdad, la nariz no le dolía, pero sangraba y deseaba sacarle el mayor partido. Mientas bajaba, se restregó la sangre por la cara con el dorso de la mano y, al llegar a la cocina, se echó al suelo delante de su madre y lloró, gimió y se retorció. En efecto, Kate se había metido en un lío, en un buen lío.

Esa fue la pelea que llevó a sus padres a decidir que había llegado el momento de que Peter y Kate tuvieran habitaciones separadas. Poco después del décimo cumpleaños de Peter, su padre despejó lo que llamaban el «cuarto de las cajas», aunque no contenía ninguna caja, sólo marcos de cuadros y sillas rotas. Peter ayudó a su madre a decorar la habitación. Colgaron cortinas y metieron dentro una enorme cama con pomos de cobre.

Kate estaba tan contenta que ayudó a Peter a trasladar sus cosas al otro lado del rellano. Se acabaron las peleas. Y ella no tendría que escuchar más el desagradable borboteo agudo que su hermano hacía al dormir. Y Peter no paraba de cantar. A partir de entonces, ya tenía un lugar al que ir y, bueno, donde estar. Esa noche Peter decidió irse a la cama media hora antes con el fin de disfrutar de su propio lugar, sus propias cosas, sin que ninguna línea imaginaria atravesara la habitación. Tumbado en la semioscuridad pensó que era una suerte que al final hubiera salido algo bueno de esa vil monstruosidad, la Muñeca Mala.

Así pasaron los meses, y Peter y Kate se acostumbraron a tener sus cuartos propios y dejaron de darle importancia a ese hecho. Las fechas interesantes llegaron y pasaron: el cumpleaños de Peter la noche de los fuegos artificiales, Navidad, el cumpleaños de Kate y, luego, Semana Santa. Hacía dos días que había tenido lugar la familiar ceremonia de la búsqueda de los huevos de Pascua. Peter estaba en su habitación, sobre la cama, a punto de comerse el último huevo de chocolate. Era el más grande, el más pesado, por eso lo había conservado para el final. Le quitó el envoltorio azul y plateado. Era casi del tamaño de una pelota de rugby. Lo sostuvo con las dos manos, contemplándolo. Luego se lo acercó y presionó el cascarón con los pulgares. Cómo le gustaba el denso y mantecoso olor a cacao que brotaba de la

negra cavidad interior. Se acercó el huevo a la nariz e inhaló. A continuación, empezó a comer.

Fuera, llovía. Quedaba todavía una semana de vacaciones. Kate estaba en casa de una amiga. No había nada que hacer, salvo comer. Veinte minutos más tarde, lo único que quedaba del huevo era el envoltorio. Peter se levantó, tambaleándose ligeramente. Se sentía mareado y aburrido, una combinación perfecta para una tarde lluviosa. Era extraño, tener un cuarto propio ya no le hacía ninguna ilusión.

—Harto de chocolate —suspiró mientras se dirigía a la puerta—. Harto de mi habitación.

Se quedó en el rellano, preguntándose si iría a vomitar. Pero, en lugar de dirigirse al cuarto de baño, fue hacia el cuarto de Kate y entró. Había vuelto centenares de veces, claro, pero nunca solo. Permaneció en el centro de la habitación, contemplado, como de costumbre, por las muñecas. Se sintió raro, todo parecía diferente. La habitación era más grande, y nunca se había dado cuenta de que el suelo hiciera pendiente. Parecía que había más muñecas que nunca con esas miradas vidriosas, y, al bajar la ligera pendiente hacia su antigua cama, creyó oír un sonido, un crujido. Creyó ver que algo se movía, pero cuando se dio la vuelta, todo estaba inmóvil.

Se sentó en la cama y pensó en los viejos tiempos en que dormía allí. ¡Era un niño en aquella época! ¡Nueve años! ¿Qué sabía entonces? Si su personalidad de diez años pudiera retroceder y explicarle a aquel tonto ingenuo cómo eran las cosas... Cuando llegabas a los diez años, empezabas a verlo todo, a ver cómo estaban conectadas las cosas, cómo funcionaban las cosas..., tenías una panorámica...

Peter estaba tan concentrado intentando recordar su ignorante personalidad de seis meses antes que no se percató de la figura que cruzaba la alfombra en dirección hacia él. Cuando lo hizo, soltó un grito de sorpresa, se encaramó a la cama y levantó las rodillas. Hacia él iba, con andar torpe pero decidido, la Muñeca Mala. Había cogido un pincel de la mesa de Kate y lo utilizaba como muleta. Cojeaba por la habitación soltando jadeos malhumorados y murmurando palabrotas no aptas ni siquiera para una muñeca mala. Se detuvo junto a la pata de la cama para recuperar el aliento. Peter se sorprendió al darse cuenta de lo sudorosos que tenía la frente y el labio superior. La Muñeca Mala apoyó el pincel contra la cama y se restregó el único brazo por la cara. Y luego, con una rápida mirada a Peter y aspirando

profundamente, cogió la muleta y se puso a escalar la cama.

Subir tres veces la propia altura con un solo brazo y una sola pierna requiere paciencia y fuerza. La Muñeca Mala tenía poco de cada. Su pequeño cuerpo rosa temblaba del esfuerzo y la tensión, encaramado a mitad de camino de la pata, buscando un punto de apoyo para el pincel. Los jadeos y gruñidos se hicieron más fuertes y más lastimeros. Lentamente, la cabeza, más sudorosa que nunca, apareció ante los ojos de Peter. No le habría sido difícil tomar la criatura, alzarla y depositarla encima de la cama. Y, con la misma facilidad, habría podido tirarla al suelo de un manotazo. Pero no hizo nada. Todo era demasiado interesante. Quería ver qué sucedía. Mientras la Muñeca Mala avanzaba con gritos de «¡Maldita sea y por las fauces del infierno!», «¡Recórcholis de diantre!», «¡Mal sayo te parta!», Peter se dio cuenta de que las cabezas de todas las muñecas de la habitación estaban dirigidas hacia él. Los ojos de un azul puro resplandecían más abiertos que nunca y había un suave susurro sibilante como de agua deslizándose sobre rocas, un sonido que se convertía en un murmullo y luego en un torrente a medida que la excitación se apoderaba de las cinco docenas de espectadoras.

—¡Lo está logrando! —oyó Peter que decía una.

Y otra respondió:

—¡Tenemos espectáculo asegurado!

E incluso otra gritó:

—¡Lo que es justo es justo!

Y al menos veinte muñecas gritaron en señal de asentimiento:

—¡Sí!

—¡Eso es!

—¡Bien dicho!

La Muñeca Mala había puesto el brazo sobre la cama y había dejado su muleta. Se agarraba a la manta, intentando cogerse a algún sitio para acabar de subir. En ese mismo momento, del otro lado de la habitación se alzó una poderosa ovación y, de pronto, las muñecas, todas las muñecas, se pusieron en camino hacia la cama. Desde las repisas de las ventanas y lo alto del espejo, desde la cama de Kate

y el cochecito de juguete, se acercaban saltando y brincando, invadiéndolo todo, tambaleándose y avanzando por la alfombra. Las muñecas con vestidos largos chillaban al tropezar y trastabillar, mientras que las muñecas desnudas, o las muñecas con un calcetín, se movían con horrible facilidad. Avanzaban, una marea marrón, rosa, blanca y negra, y en la mueca de cada boca moldeada el grito: «¡Lo que es justo es justo! ¡Lo que es justo es justo!». Y en cada ojo vidrioso y bien abierto estaba la rabia que Peter siempre había sospechado tras el hermoso azul celeste.

La Muñeca Mala había conseguido subirse a la cama y se había puesto de pie; agotada pero orgullosa, saludaba a la multitud reunida en el suelo. Las muñecas se agruparon, rugieron en señal de aprobación y levantaron hacia su jefe los brazos rechonchos y con hoyuelos.

—¡Lo que es justo es justo! —recomenzó la cantinela.

Peter retrocedió hasta la cabecera de la cama. Su espalda tocaba la pared, con los brazos se cogía rodillas. Todo era de lo más extraordinario. Seguramente su madre oiría el jaleo desde abajo y subiría a decir que se callaran.

La Muñeca Mala necesitaba recuperar el aliento, así que dejó que prosiguiera la cantinela. Entonces recogió el pincel y la muchedumbre de muñecas enmudeció de repente.

Con un guiño dirigido a sus partidarias, la muñeca tullida dio un salto o dos para acercarse más a Peter y dijo:

—Estás a tus anchas, ¿verdad?

El tono era educado, pero hubo algunas risas ahogadas en la multitud, y Peter supo que le estaban tendiendo una trampa.

—No estoy seguro de lo que quieres decir —dijo.

La Muñeca Mala se volvió hacia la multitud e hizo una buena imitación de la voz de Peter.

—No está seguro de lo que quiero decir. —Se volvió hacia Peter—. Quiero decir que si estás cómodo en tu nueva habitación.

—Ah, eso —dijo Peter—. Sí, mi habitación es fantástica.

Algunas de las muñecas de la alfombra se apresuraron a sacar partido de esa palabra y la repitieron una y otra vez «Fantástica... fantástica... fantástica...» hasta que llegó a parecer una palabra bastante idiota y Peter deseó no haberla utilizado.

La Muñeca Mala esperó pacientemente. Cuando se hizo de nuevo el silencio, preguntó:

—¿Qué? ¿Te gusta tener tu propia habitación?

—Sí —contestó Peter.

—¿Así que te gusta tener una habitación para ti solo?

—Sí. Ya te lo he dicho. Me gusta —dijo Peter.

La Muñeca Mala se acercó un poco más de un salto. Peter tuvo la impresión de que estaba llegando a la cuestión fundamental. La Muñeca Mala alzó la voz.

—¿Y no has pensado nunca que alguien más podría querer esa habitación?

—Eso es absurdo —dijo Peter—. Mamá y papá comparten una habitación. Sólo quedamos Kate y yo...

Sus palabras quedaron ahogadas por un rugido de desaprobación de la multitud. La Muñeca Mala consiguió hacer equilibrios con su única pierna mientras levantaba la muleta en el aire para pedir silencio.

—Sólo vosotros dos, ¿eh? —dijo asintiendo hacia la multitud.

Peter se echó a reír. No se le ocurría nada que decir.

La Muñeca Mala se acercó aún más. Peter habría podido alargar el brazo y tocarla. Estaba seguro de que podía oler el chocolate de su aliento.

—¿No crees —dijo— que ya es hora de que le toque el turno a alguien más?

—Eso es absurdo —empezó a decir Peter—. Sólo sois muñecas...

Nada habría podido enfurecer más a la Muñeca Mala.

—Has visto cómo vivimos —gritó—. Somos sesenta hacinadas en una

esquina de la habitación. Has pasado por delante de nosotras mil veces y ni siquiera te has fijado. Qué te importa si estamos apiladas unas encima de otras como ladrillos en una pared. No ves lo que tienes delante de las narices. ¡Míranos! No hay espacio, no hay intimidad, la mayoría ni siquiera tenemos cama. Ahora le toca a otra esa habitación. ¡Lo que es justo es justo!

Otro gran rugido surgió de la multitud y, de nuevo, se inició la cantinela.

—¡Lo que es justo es justo! ¡Lo que es justo es justo!

Y mientras duraba el bramido, las muñecas empezaron a escalar la cama, subiéndose a los hombros unas de otras para hacer escaleras con sus cuerpos. Al cabo de unos instantes, toda la banda jadeaba delante de Peter, y entonces la Muñeca Mala, que se había retirado a los pies de la cama, agitó su muleta desde detrás de la multitud y gritó:

—¡Ahora!

Sesenta pares de manos regordetas cogieron la pierna derecha de Peter.

—¡A la una, a las dos y a las tres! —jaleó la Muñeca Mala.

—¡A la una, a las dos y a las tres! —repitió la masa.

Y entonces sucedió algo extraño. La pierna de Peter se salió. Se salió completamente. Peter miró el lugar donde había estado la pierna y, en lugar de sangre, había un pequeño alambre enrollado que sobresalía de sus pantalones rotos.

Es curioso, pensó. Nunca habría imaginado...

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en lo curioso que era porque acto seguido las muñecas le cogieron el brazo derecho, empezaron a tirar al grito de «a la una, a las dos y a las tres», y el brazo también se desprendió y, sobresaliendo por su hombro, asomó otro pequeño muelle.

—¡Eh! —gritó Peter—. ¡Eso es mío!

Pero no hubo manera. El brazo y la pierna fueron pasados por encima de las cabezas de la multitud hasta la Muñeca Mala. Esta cogió la pierna y se la encajó. Perfecta. A continuación se puso el brazo. Ni que lo hubieran fabricado

expresamente, ajustaba de maravilla.

Qué extraño, pensó Peter. Habría jurado que mi brazo y mi pierna serían demasiado grandes.

Mientras pensaba eso, las muñecas volvieron a echársele encima y, esta vez, se le subieron por el pecho, le arrancaron el pelo y le desgarraron la ropa.

—¡Fuera! —gritó Peter—. ¡Ay! ¡Me hacéis daño!

Las muñecas reían mientras le arrancaban casi todo el pelo. Sólo le dejaron un largo mechón que nacía de la mitad de la cabeza.

La Muñeca Mala le tiró a Peter su muleta y empezó a saltar para probar su pierna nueva.

—Ahora me toca a mí la habitación —gritó—. Y, en cuanto a él, puede subir allí arriba.

Y señaló la estantería con lo que Peter seguía pensando que era su brazo. La Muñeca Mala saltó ágilmente hasta el suelo, y la multitud se abalanzó para atrapar a Peter y llevarlo a su nuevo hogar. Y así habría acabado todo; pero, justo en ese momento, Kate entró en la habitación.

Ahora bien, intentad imaginar la escena desde donde ella estaba. Había vuelto a casa después de jugar con una amiga, había entrado en su dormitorio y allí estaba su hermano, tumbado sobre la cama libre, jugando con sus muñecas, con todas sus muñecas, moviéndolas de un lado a otro y haciendo sus voces. La única que no estaba en la cama era la Muñeca Mala, que yacía en la alfombra cercana.

Kate pudo haberse enfadado. A fin y al cabo, eso iba en contra de todas las reglas. Peter estaba en su habitación sin permiso y había sacado todas sus muñecas de sitio. Pero, en vez de eso, al ver a su hermano con sesenta muñecas amontonadas sobre él, Kate se echó a reír.

Nada más ver a Kate, Peter se incorporó rápidamente. Se ruborizó.

—Oh..., esto..., lo siento —musitó, e intentó escabullirse.

—Espera un momento —dijo Kate—. Podrías ayudarme a guardar todo esto. Cada una tiene su sitio, ¿sabes?

De modo que Kate le fue diciendo dónde iba cada una y Peter las fue colocando de nuevo en su lugar, sobre el espejo, la cajonera de la ropa, las repisas de las ventanas, la cama, el cochecito.

Parecía que no iba a acabar nunca de ordenarlas. La última en ser devuelta fue la Muñeca Mala. Mientras la colocaba en lo alto de la repisa, Peter estuvo seguro de oírle decir:

—Algún día, chaval, esa habitación será mía.

—¡Recórcholis de diantre! —le susurró Peter—. ¡Mal callo te parta!

—¿Qué has dicho? —preguntó Kate.

Pero su hermano ya había salido de la habitación.

2. EL GATO

Cuando Peter se despertaba por la mañana, nunca abría los ojos hasta haber contestado dos sencillas preguntas. Siempre acudían a él en el mismo orden. Primera pregunta: ¿quién soy? Ah, sí, Peter, diez años y medio. A continuación, con los ojos aún cerrados, segunda pregunta: ¿qué día de la semana es hoy? Y allí estaría ese hecho tan sólido e inamovible como una montaña. Martes. Otro día de escuela. Acto seguido se taparía la cabeza con las mantas, se hundiría en lo más hondo de su propia calidez y dejaría que lo engullera la agradable oscuridad. Casi podía fingir que no existía. Pero sabía que tendría que obligarse a salir. El mundo entero estaba de acuerdo en que era martes. La propia tierra, precipitándose a través del frío espacio, girando y moviéndose alrededor del sol, los había llevado a todos hasta el martes y no había nada que Peter, sus padres o el gobierno pudieran hacer para modificar ese hecho. Tendría que levantarse o perdería el autobús, llegaría tarde y se metería en un lío.

Qué cruel era entonces arrancar su cálido cuerpo amodorrado de ese nido y buscar la ropa, sabiendo que, menos de una hora después, estaría tiritando en la parada del autobús. Por la televisión, el hombre del tiempo había dicho que era el invierno más frío de los últimos quince años. Frío, pero no divertido. Ni nieve, ni escarcha, ni siquiera un charco helado en el que patinar. Sólo frío y gris, con un viento glacial que entraba en su dormitorio a través de una rendija de la ventana. Había veces en que le parecía que cuanto había hecho en la vida, y cuanto haría, era despertarse, levantarse e ir al colegio. Y el que todos los demás, incluidos los adultos, tuvieran que levantarse en esas oscuras noches invernales no facilitaba las cosas. Si todos pudieran ponerse de acuerdo para parar, a él también le sería más fácil hacerlo. Pero la tierra seguía dando vueltas, el lunes, el martes, el miércoles volvían otra vez, y todo el mundo seguía saliendo de la cama.

La cocina era una especie de casa intermedia entre su cama y el gran mundo exterior. Allí el aire estaba cargado del humo de las tostadas, el vapor del agua del té y los olores de beicon. Se suponía que el desayuno era una comida familiar, pero rara vez sucedía que los cuatro se encontraran sentados a la mesa al mismo tiempo. Los padres de Peter trabajaban, y siempre había alguien corriendo alrededor de la mesa presa del pánico, buscando un papel, una agenda o un zapato perdidos, y te

tenías que sacar tú mismo lo que se estaba cocinando en el horno y buscarte un sitio en la mesa.

El lugar era cálido, casi tan cálido como la cama, pero menos tranquilo. El aire estaba lleno de acusaciones disfrazadas de preguntas.

¿Quién ha dado de comer al gato?

¿A que hora vuelves?

¿Terminaste los deberes?

¿Quién ha cogido mi maletín?

A medida que transcurrían los minutos, aumentaban la confusión y la urgencia. La familia tenía por norma que todo debía quedar ordenado antes de que nadie abandonara la casa. A veces, tenías que sacarte el trozo de beicon de la sartén antes de que alguien la inclinara sobre el cuenco del gato y quedara sumergida entre chisporroteos en el agua del fregadero. Los cuatro miembros de la familia corrían de un lado a otro con platos sucios y paquetes de cereales, chocando unos con otros, y siempre había alguien que murmuraba: «Voy a llegar tarde, voy a llegar tarde. ¡Es la tercera vez esta semana!».

Pero, en realidad, había un quinto miembro en la casa que nunca tenía prisa y que hacía caso omiso del barullo. Yacía estirado en lo alto de la repisa del radiador, los ojos medio cerrados, un bostezo ocasional como único signo de vida. Era un bostezo enorme, un bostezo insultante. La boca se abría en toda su extensión para mostrar una lengua limpia y rosada, y cuando por fin volvía a cerrarse, un confortable estremecimiento vibraba desde los bigotes hasta la cola: William, el gato, se preparaba para pasar el día.

Cuando Peter cogía apresuradamente la cartera y echaba una última mirada a su alrededor antes de salir corriendo de la casa, era a William a quien siempre veía. La cabeza apoyada en una pata, mientras la otra se balanceaba despreocupadamente sobre el borde de la repisa, chapoteando en el ascendente calor. Cuando por fin los ridículos humanos se iban, un gato podía dedicarse a dormir unas cuantas horas a pierna suelta. La imagen del gato adormilado atormentaba a Peter cuando salía de la casa y encontraba la helada ráfaga del viento del norte.

Hay que decir, por si alguien se extraña de que un gato pueda ser

considerado un auténtico miembro de una familia, que William era más viejo que Peter y Kate juntos. Siendo un gato joven había conocido a su madre cuando todavía iba al instituto. Había ido con ella a la universidad y, cinco años más tarde, había asistido a su banquete de boda. Cuando Viola Fortune estaba esperando a su primer hijo y se echaba en la cama algunas tardes, el gato William solía formar un gran ovillo encima de ella, encima de lo que era Peter. Tras los nacimientos de Peter y Kate, desapareció de la casa durante días enteros. Nadie supo adonde ni por qué se fue. Había observado serenamente todas las penas y las alegrías de la vida familiar. Había visto cómo los bebés se convertían en niños que empezaban a andar e intentaban arrastrarlo de las orejas y había visto cómo los niños que empezaban a andar se convertían en niños que iban a la escuela. Había conocido a los padres cuando eran una joven y alocada pareja que vivía en una sola habitación. Ahora eran menos alocados en su casa con tres dormitorios. Y el gato William era también menos alocado. Ya no traía ratones o pájaros a la casa para depositarlos a los pies de humanos desagradecidos. Poco después de cumplir catorce años abandonó las peleas y ya no defendía orgullosamente su territorio. Peter consideraba indignante que el bravucón gato de los vecinos se apoderara del jardín, aprovechando que el viejo William no podía hacer nada para impedirlo. A veces, entraba en la cocina por la gatera y se zampaba la comida de William mientras el anciano gato lo contemplaba sin poder hacer nada. Sólo unos pocos años atrás ningún gato sensato se habría atrevido a poner una pata en el césped.

A William debió de afectarle la pérdida de sus fuerzas. Abandonó la compañía de otros gatos y se sentaba solo en la casa sumido en recuerdos y reflexiones. Pero, a pesar de sus diecisiete años, se mantenía lustroso y delgado. Era casi negro, con los pies y el pecho de un blanco deslumbrante, y una mancha blanca en la punta de la cola. A veces iba a buscarte allá donde estuvieras sentado y, tras pensarlo un momento, te saltaba a las rodillas y se quedaba ahí, despatarrado, mirándote fijamente a los ojos sin parpadear. A lo mejor ladeaba la cabeza, sin dejar de sostener la mirada, y maullaba, sólo una vez, y entonces sabías que te estaba diciendo algo importante y profundo que jamás lograrías comprender.

Nada le gustaba tanto a Peter como quitarse los zapatos y tumbarse junto al gato William frente a la chimenea de la sala en una tarde de invierno después de volver de la escuela. Le gustaba agacharse y ponerse al mismo nivel que William, colocar su cara junto a la del gato y ver qué extraordinario era, qué hermosamente no humano, con las púas de pelo negro que surgían formando un globo de la pequeña cara bajo el pelaje y los bigotes blancos con esa curva ligeramente descendente, los pelos de las cejas alzándose como antenas de radio y los pálidos ojos verdes con las hendiduras verticales, como puertas entreabiertas a un mundo

en el que Peter jamás podría entrar. En cuanto se acercaba al gato, empezaba un ronroneo sordo y profundo, tan grave y fuerte que el suelo vibraba. Peter sabía que era bien recibido.

Fue una de estas tardes, un martes para ser más precisos, eran las cuatro y ya la luz disminuía, las cortinas estaban echadas y las luces encendidas, cuando Peter se echó en la alfombra junto al lugar donde William yacía ante el brillante fuego cuyas llamas envolvían un grueso tronco de olmo. Por la chimenea bajaba el gemido del helado viento que fustigaba los tejados. Peter había llegado con Kate corriendo desde la parada de autobús para mantenerse en calor. Ahora ya se encontraba a salvo en casa junto a su viejo amigo que estaba fingiendo ser más joven que él, rodando sobre el lomo y dejando que las patas delanteras colgaran inertes. Quería que le acariciara el pecho. Cuando Peter empezó a mover suavemente sus dedos entre el pelaje, el ronroneo se hizo más intenso, tan intenso que todos los huesos del viejo gato resonaron. Y, a continuación, William estiró una pata hacia los dedos de Peter e intentó llevarlos más arriba. Peter dejó que el gato le guiara la mano.

—¿Quieres que te acaricie la mejilla? —murmuró.

Pero no. El gato quería que lo tocara justo en la base de la garganta. Peter notó algo duro, que se movió al rozarlo. Algo se había enredado en el pelaje. Peter se apoyó sobre un codo para investigar. Separó el pelo. Al principio pensó que se trataba de una joya, una pequeña chapa de plata. Pero no había ninguna cadena y, al tocar y mirar más, descubrió que no era de metal, sino de hueso pulido, ovalado y plano en el centro, y, lo más curioso de todo, que estaba sujeto a la piel de William. El trozo de hueso se podía coger bien entre el índice y el pulgar. Apretó los dedos y dio un tirón. El ronroneo del gato William se hizo aún más intenso. Peter tiró de nuevo, hacia abajo, y esa vez notó que algo cedía.

Al mirar entre el pelo apartándolo un poco con la punta de sus dedos, vio que había abierto una pequeña hendidura en la piel del gato. Era como si estuviera cogiendo el tirador de una cremallera. Tiró de nuevo y logró una abertura de unos cinco centímetros de longitud. El ronroneo del gato William provenía de ahí. A lo mejor, pensó Peter, veré latir su corazón. Una pata volvió a empujar suavemente sus dedos. El gato William quería que continuara.

Y eso fue lo que hizo. Descorrió todo el gato desde garganta hasta la cola. Peter tenía ganas de apartar la piel para echar una ojeada dentro. Pero no quería parecer entrometido. Estaba a punto de llamar a Kate cuando se produjo un

movimiento, una agitación en el interior del gato, y de la apertura del pelaje emergió un débil resplandor rosado que se fue haciendo cada vez más brillante. Y, de pronto, de dentro del gato William salió una, bueno, una cosa, una criatura. Pero Peter no estaba seguro de que pudiera tocarla, porque parecía hecha completamente de luz. Y aunque no tenía bigotes ni cola, ni ronroneo, ni siquiera pelo ni cuatro patas, todo en ella parecía decir «gato». Era la esencia misma de la palabra, el corazón de la idea. Era un silencioso, ceñido y ondulante pliegue de luz rosada y púrpura, y surgía del interior del gato.

—Tú debes de ser el espíritu de William —dijo Peter en voz alta—. ¿O eres un fantasma?

La luz no hizo ningún sonido, pero comprendió lo que él le decía. Pareció responder, sin decir en realidad ninguna palabra, que era esas dos cosas y muchas otras más.

Cuando salió del gato, que seguía tumbado sobre el lomo en la alfombra delante del fuego, el espíritu se deslizó por el aire y flotó hasta llegar al hombro de Peter, donde se detuvo. Peter no estaba asustado. Sentía el resplandor del espíritu en la mejilla. Y entonces la luz se le deslizó detrás de la cabeza, fuera de su campo de visión. Sintió que le tocaba la nuca, y un cálido escalofrío le recorrió la espalda. El espíritu del gato se apoderó de algo huesudo en la parte superior de su columna vertebral y tiró hacia abajo, a lo largo de la espalda, y, como si su propio cuerpo se abriera, Peter sintió el aire frío de la habitación cosquilleando la calidez de su interior.

Fue de lo más extraño, salir del propio cuerpo, abandonarlo y dejarlo tumbado en la alfombra como una camisa que te acabas de quitar. Peter vio su resplandor, que era púrpura y de un blanco purísimo. Los dos espíritus flotaron en el aire el uno frente al otro. Y entonces Peter supo lo que quería hacer, lo que tenía que hacer. Se deslizó hacia el gato William y se quedó suspendido en el aire. El cuerpo seguía abierto, como una puerta, y parecía tan atrayente, tan acogedor... Se dejó caer y entró. Qué fantástico, vestirte de gato. No era sofocante, como pensaba que tenían que ser todos los interiores. Era seco y cálido. Se tumbó de espaldas y deslizó sus brazos en las patas delanteras de William. A continuación, introdujo las piernas en las patas traseras de William. La cabeza le encajó perfectamente dentro de la cabeza del gato. Dirigió una mirada a su propio cuerpo justo a tiempo de ver cómo el espíritu del gato William desaparecía en él.

Con ayuda de las patas, Peter consiguió tirar el mismo del cierre con facilidad.

Se incorporó y dio unos pasos. Qué delicia era caminar sobre cuatro almohadilladas patas blancas. Veía los bigotes que surgían a ambos lados de la cara y sentía la cola que se curvaba tras él. Su andar era ligero y el pelo era igual que el más cómodo de sus viejos jerséis de lana. A medida que aumentaba el placer de ser un gato, su corazón se henchía y una hormigueante sensación procedente de lo hondo de su garganta crecía tanto que hasta podía oírla. Peter estaba ronroneando. Era el gato Peter y a su lado estaba el niño William.

El niño se levantó y se despezó. A continuación, sin dirigir una palabra al gato que estaba a sus pies, salió de la habitación.

—Mamá —oyó Peter que decía su antiguo cuerpo desde la cocina—, tengo hambre. ¿Qué hay de cenar?

Esa noche Peter se sintió demasiado agitado, demasiado nervioso, demasiado felino para dormir. Hacia las diez, se deslizó por la gatera. El helado aire nocturno no podía penetrar su grueso abrigo de piel. Se dirigió silenciosamente hacia el muro del jardín. Se alzaba ante él, pero, de un salto elegante y realizado sin esfuerzo aparente, se plantó arriba, dispuesto a controlar su territorio. Qué maravilloso era ver en la oscuridad, sentir todas las vibraciones del aire de la noche en sus bigotes y hacerse invisible cuando, a medianoche, apareció un zorro en el camino del jardín para hurgar en los cubos de la basura. Era consciente de la presencia de otros gatos a su alrededor, algunos vecinos, otros de más lejos, yendo y viniendo de sus ocupaciones nocturnas, a lo largo de itinerarios particulares. Después del zorro, un joven gato atigrado había intentado entrar en el jardín. Peter se lo impidió con un bufido y un movimiento de la cola. Había ronroneado interiormente cuando el joven gritó de asombro y emprendió la huida.

Poco después, mientras patrullaba por el elevado muro que se alzaba sobre el invernadero, se encontró cara a cara con otro gato, un intruso más peligroso. Era completamente negro, razón por la cual Peter no lo había visto antes. Era el gato de los vecinos, un ejemplar lleno de vigor y que casi lo doblaba en tamaño, con un cuello ancho y unas patas largas y poderosas. Sin pensarlo siquiera, Peter arqueó el lomo y erizó su pelo para parecer más grande.

—Eh, minino —bufó—, el muro en el que estás subido es mío.

El gato negro pareció sorprendido. Sonrió.

—Fue tuyo hace años, abuelo. ¿Qué piensas hacerme?

—Lárgate, antes de que te eche.

Peter se sorprendió de lo fuerte que se sentía. Ese era su muro, su jardín, y su trabajo era mantener alejados a los gatos hostiles.

El gato negro sonrió de nuevo, con frialdad.

—Escucha, abuelo. Hace mucho tiempo que este muro ya no es tuyo. Estoy pasando. Sal de mi camino o te arrancaré la piel.

Peter se mantuvo firme.

—Si das otro paso más, circo de pulgas ambulante, te ataré los bigotes alrededor del cuello.

El gato negro soltó un prolongado y sarcástico gemido de desprecio. Pero no dio otro paso. En torno a ellos, los gatos vecinos iban surgiendo de la oscuridad para observar el espectáculo. Peter oía sus voces.

¿Una pelea?

¡Una pelea!

¡El vejete ha enloquecido!

¡Como mínimo tiene diecisiete años!

El gato negro arqueó su poderosa columna vertebral y berreó de nuevo, una terrible nota ascendente.

Peter intentó mantener una voz impasible, pero sus palabras salieron con un bufido.

—Fffuera de aquí, fffanfffarrón, o probarás mis afffiladas zarpas.

El gato negro parpadeó. Los músculos de su grueso cuello se ondularon al lanzar una risotada que era también un grito de guerra.

En el muro de enfrente, un gemido de excitación recorrió la multitud, que seguía aumentando.

—El viejo Bill se ha vuelto majara.

—Ha buscado camorra con el gato equivocado.

—Escucha, borrego desdentado —dijo el gato negro con un bufido más penetrante que el de Peter—. Aquí, el jefe soy yo. ¿Te enteras?

El gato negro se dio la vuelta hacia la multitud, que murmuró su asentimiento. Peter pensó que los espectadores no parecían demasiado entusiasmados.

—Mi consejo —prosiguió el gato negro— es que te apartes. O esparciré tus tripas por todo el jardín.

Peter sabía que ya había ido demasiado lejos para echarse atrás. Sacó sus uñas para sostenerse con fuerza al muro.

—¡Rata pomposa! Este muro es mío, ¿me oyes? ¡Y tú no eres más que una diarrea de perro enfermo!

El gato negro dio un grito ahogado. Se oyeron risitas en la multitud. Peter era siempre un niño tan educado... Qué delicia era poder soltar esos insultos.

—Te voy a convertir en desayuno de los pájaros —advirtió el gato negro, y dio un paso hacia delante.

Peter inspiró profundamente. Por el viejo William tenía que ganar. Mientras pensaba eso, la pata del gato negro arremetió contra su cara. Peter tenía el cuerpo de un gato viejo pero la mente de un muchacho joven. Se agachó y sintió cómo la pata, con las uñas agresivamente sacadas, silbaba en el aire justo encima de sus orejas. Alcanzó a ver que el gato negro se sostenía momentáneamente en sólo tres patas. Aprovechó para lanzarse hacia delante y, con las dos patas delanteras, le dio un fuerte empujón en el pecho. No era ese el tipo de cosa que hiciera un gato en una pelea, por lo que sorprendió al gato negro. Con un gáñido de asombro, resbaló y se tambaleó hacia atrás, se inclinó sobre el muro y cayó de cabeza a través del techo del invernadero situado más abajo. El helado aire nocturno se vio roto por el estrépito y el musical tintineo del cristal hecho trizas y por el estruendo más terrestre de las macetas quebrándose. Acto seguido, se produjo un silencio. La callada multitud de gatos se asomó desde su muro. Oyeron un movimiento, luego un gemido. Después, apenas visible en la oscuridad, vislumbraron la forma del gato negro cojeando a través del césped. Lo oyeron murmurar:

—No es justo. Las patas y los dientes, sí. Pero empujar así no es justo.

—La próxima vez —gritó Peter— pide permiso.

El gato negro no contestó, pero algo en mi renqueante figura fugitiva dejó claro que había comprendido.

A la mañana siguiente, Peter estaba tumbado en lo alto del radiador con la cabeza apoyada en una pata, mientras los demás vagaban como perdidos en la creciente calidez. En torno a él, todo eran prisas y caos. Kate no encontraba su cartera. Las tostadas se habían quemado. El señor Fortune estaba de mal humor porque el café se había acabado y él necesitaba tres tazas cargadas para empezar el día. La cocina estaba hecha un lío, y el lío estaba envuelto en humo de tostadas. ¡Y era tarde tarde tarde!

Peter enroscó la cola alrededor de sus patas traseras e intentó no ronronear demasiado fuerte. En el extremo más alejado de la habitación, estaba su antiguo cuerpo con el gato William dentro, y ese cuerpo tenía que ir a la escuela. El niño William parecía confundido. Tenía el abrigo puesto y estaba listo para salir, pero llevaba sólo un zapato. El otro no aparecía por ningún sitio.

—Mamá —no dejaba de quejarse—, ¿dónde está mi zapato?

Pero la señora Fortune estaba en el pasillo discutiendo con alguien por teléfono.

El gato Peter entrecerró los ojos. Tras su victoria se sentía extremadamente cansado. Pronto la familia se habría ido. La casa quedaría en silencio. Cuando el radiador se hubiera enfriado, subiría al piso de arriba y buscaría la cama más cómoda. En recuerdo de los viejos tiempos, elegiría la suya.

El día transcurrió como había deseado. Durmiendo, bebiendo a lengüetazos un cuenco de leche, volviendo a dormir, comiendo un poco de comida para gatos que en realidad no era tan mala como cabía sospechar por su olor (se parecía bastante al pastel de carne sin puré). Luego, una pequeña siesta. Antes de que se hubiera dado cuenta, fuera, el cielo se oscurecía y los niños volvían de la escuela. El niño William parecía agotado después de un día de escuela y peleas de patio. El gato niño y el niño gato se tumbaron juntos frente a la chimenea del salón. Qué extraño era, pensó el gato Peter, ser acariciado por una mano que el día anterior había sido suya. Se preguntó si el niño William era feliz con su nueva vida de escuela y autobuses, y con tener una hermana, una madre y un padre. Pero la cara

del muchacho no dejaba traslucir nada. Era tan lampiña, sin bigotes y sonrosada, con unos ojos tan redondos que era imposible saber lo que decían.

Al cabo de un rato, Peter subió a la habitación de Kate. Como de costumbre, estaba hablando con sus muñecas, les estaba dando una clase de geografía. Por la expresión fija de sus caras, estaba claro que no estaban demasiado interesadas en los ríos más largos del mundo. Peter saltó hasta su regazo y Kate empezó a acariciarlo distraídamente mientras hablaba. Si hubiera sabido que la criatura que tenía en las rodillas era su hermano... Peter se acomodó y ronroneó. Kate empezó una lista de las capitales del mundo que recordaba. Era tan intensamente aburrida que era justo lo que necesitaba para dormirse de nuevo. Sus ojos ya estaban otra vez cerrados cuando la puerta se abrió de golpe y entró el niño William.

—Eh, Peter —dijo Kate—, no has llamado antes de entrar.

Pero su gato-hermano no hizo caso. Atravesó la habitación, le quitó bruscamente a su hermano-gato y salió corriendo con él. A Peter no le gustaba que lo llevaran en brazos. Era algo indigno para un gato de su edad. Intentó luchar, pero el niño William lo agarró con más fuerza y se lanzó escaleras abajo.

—Chis —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

William llevó al gato abajo y lo dejó en el suelo.

—Estate quieto —susurró el muchacho—. Haz lo que te diga. Túmbate de espaldas.

Poco pudo hacer el gato Peter, porque el muchacho lo tenía inmovilizado con una mano y buscaba entre su pelo con la otra. Encontró la pieza de hueso pulido y estiró de ella hacia abajo. Peter notó el aire frío penetrando en su interior. Salió del cuerpo del gato. El muchacho buscó en su propia nuca y descorrió el cierre. La luz púrpura y blanca de un gato de verdad emergió del cuerpo del muchacho. Durante un instante, los dos espíritus, el felino y el humano, quedaron suspendidos frente a frente sobre la alfombra. Bajo ellos, sus cuerpos yacían inmóviles, esperando, como taxis listos para partir con sus pasajeros. En el aire flotaba cierta tristeza.

Aunque el espíritu del gato no habló, Peter sintió lo que decía.

—Tengo que regresar —dijo—. Debo empezar una aventura. Gracias por dejarme ser un niño. He aprendido muchas cosas que me serán útiles en el futuro. Pero, sobre todo, gracias por luchar por mí mi última pelea.

Peter quiso decir algo, pero el espíritu del gato empezó a regresar a su propio cuerpo.

—Queda muy poco tiempo —pareció decir, mientras la luz púrpura y blanca se acomodaba dentro del cuerpo del gato.

Peter se deslizó hasta su propio cuerpo y se introdujo en él por la espalda, por la parte superior de la columna vertebral.

Al principio se sintió bastante raro. Ese cuerpo no acababa de encajarle. Era como llevar unas botas de lluvia cuatro números más grandes. Quizá su cuerpo había crecido un poco desde la última vez que lo había utilizado. Consideró mas seguro permanecer estirado unos momentos Mientras lo hacía, el gato William se dio la vuelta y muy lenta y rígidamente salió de la habitación sin dirigirle siquiera una mirada.

Mientras Peter permanecía tumbado, intentando acostumbrarse a su viejo cuerpo, se dio cuenta de algo curioso. El fuego seguía envolviendo el mismo tronco de olmo. Miró por la ventana. El cielo se oscurecía. Aún no se había hecho de noche, era todavía el final de la tarde. En el periódico que estaba tirado cerca de una silla vio que seguía siendo martes. Y pasó otra cosa curiosa. Su hermana Kate entró corriendo en la habitación, llorando. Y tras ella, con un aspecto muy sombrío, estaban sus padres.

—Oh, Peter —gritó su hermana—. Ha pasado algo espantoso.

—Se trata del gato William —explicó su madre—. Me temo que está...

—¡Oh, William!

El lamento de Kate ahogó las palabras de su madre.

—Ha entrado en la cocina —dijo su padre—, se ha subido a su repisa favorita encima del radiador, ha cerrado los ojos y ha... muerto.

—No ha sentido nada —dijo tranquilizadamente Viola Fortune.

Kate siguió llorando. Peter se dio cuenta de que sus padres lo estaban mirando con inquietud, esperando ver cómo reaccionaba ante la noticia. De toda la familia, él era quien había estado más unido al gato.

—Tenía diecisiete años —dijo Thomas Fortune—. Ha vivido sus buenos años.

—Ha tenido una buena vida —dijo Viola Fortune.

Peter se incorporó lentamente. Dos piernas no parecían suficientes.

—Sí —dijo por fin—. Ha partido hacia otra aventura.

A la mañana siguiente, enterraron a William en el fondo del jardín. Peter fabricó una cruz con unos palos, y Kate hizo una corona con ramas y hojas de laurel. A pesar de que iban a llegar tarde a la escuela y al trabajo, toda la familia acudió junta hasta la tumba. Los niños pusieron las últimas paletadas de tierra. Y fue precisamente entonces cuando a través del suelo ascendió y quedó suspendida en el aire una brillante bola de luz rosada y púrpura.

—¡Mirad! —dijo Peter señalando.

—¿Que miremos qué?

—Aquí delante, justo enfrente.

—Peter, ¿de qué estás hablando?

—Ya está otra vez en las nubes.

La luz se alzó hasta quedar a la altura de la cabeza de Peter. No habló, por supuesto. Eso habría sido imposible. Pero Peter la oyó de todas maneras.

—Adiós, Peter —dijo, mientras empezaba a desvanecerse ante sus ojos—. Adiós, y gracias de nuevo.

3. LA CREMA DISOLVENTE

En la cocina, grande y desordenada, había un cajón. Por supuesto, había muchos cajones, pero cuando alguien decía: «La cuerda está en el cajón de la cocina», todos lo entendían. Lo más probable era que la cuerda no estuviera en el cajón. Se suponía que tenía que estar, junto con una docena de otras cosas útiles que nunca estaban allí: destornilladores, tijeras, cinta adhesiva, chinches, lápices. Si uno quería una de esas cosas, miraba primero en el cajón y luego en todos los demás sitios. Era difícil de definir lo que se guardaba en el cajón: cosas que no tenían un lugar natural, cosas que no tenían utilidad pero que no merecían ser tiradas, cosas que podrían arreglarse algún día. Cosas como pilas que no estaban del todo gastadas, tuercas sin tornillos, el asa de una tetera de gran valor sentimental, un candado sin llave o una cerradura de combinación cuyo número secreto era un secreto para todos, las canicas menos apreciadas, monedas extranjeras, una linterna sin bombilla, un único guante de un par amorosamente tejido por la abuelita antes de morir, el tapón de una bolsa de agua caliente, un fósil roto. Debido a alguna mágica inversión, toda lo espectacularmente inútil acababa llenando el cajón destinado a las herramientas prácticas. ¿Qué podía hacerse con una única pieza de rompecabezas? Pero, por otro lado, ¿se atrevía alguien a tirarla?

De vez en cuando, el cajón se vaciaba. Viola Fortune tiraba el desconcertante arsenal a la basura y volvía a hacer provisión de cuerda, cinta adhesiva, tijeras... Luego, poco a poco, esos preciosos artículos huían en señal de protesta a medida que los cachivaches volvían a acumularse.

A veces, en momentos de aburrimiento, Peter abría el cajón con la esperanza de que los objetos le sugirieran una idea o un juego. No ocurría nunca. Nada encajaba, nada tenía relación. Si un millón de monos hubieran agitado el cajón durante un millón de años, quizá el contenido habría acabado ensamblándose y formando una radio. Pero con toda seguridad esa radio nunca funcionaría, y nadie la tiraría nunca. Y también había otras veces, como aquella aburrida y calurosa tarde de domingo, en que nada salía bien. Peter quería construir algo, inventar algo, pero no conseguía encontrar ninguna pieza interesante, y el resto de la familia no representaba ninguna ayuda. Lo único que querían hacer era haraganear tumbados en la hierba, fingiendo que dormían. Peter estaba harto de ellos. El cajón parecía ser

un símbolo de todo lo malo de aquella familia. ¡Menudo lío! No era de extrañar que no pudiera pensar nada con claridad. No era de extrañar que siempre estuviera con la cabeza en las nubes. Si viviera solo sabría dónde encontrar destornilladores y cuerdas. Si estuviera solo, también sabría donde estaban sus pensamientos. ¿Cómo era posible esperar que realizara los grandes inventos que cambiarían el mundo cuando su hermana y sus padres provocaban esas montañas de desorden?

Aquella particular tarde de domingo, Peter estaba revolviendo el fondo del cajón. Buscaba un anzuelo, pero sabía que tenía pocas posibilidades. Su mano se cerró sobre un pequeño muelle grasiento que pertenecía a unas tijeras de podar. Lo dejó. Detrás había paquetes de semillas: demasiado viejas para plantarlas, no lo suficiente para tirarlas. Qué familia, pensó Peter mientras metía la mano derecha en el fondo del cajón. ¿Por qué no son como todo el mundo, con pilas en todos los aparatos y juguetes que funcionan, con rompecabezas y juegos de cartas completos y con todas las cosas en el armario adecuado? Su mano se cerró sobre algo frío. Sacó un pequeño frasco azul oscuro con una tapa negra. En una etiqueta blanca estaba escrito: «Crema disolvente». Contempló esas palabras durante largo rato, intentando descifrar su significado. En el interior había una viscosa crema blanca de superficie suave. Nunca se había utilizado. Introdujo en ella la yema del índice. La sustancia estaba fría: no era el frío riguroso y crudo del hielo, sino un frescor envolvente, aterciopelado y cremoso. Retiró el dedo y soltó un grito de sorpresa. La punta de su dedo había desaparecido. Se había disuelto completamente. Enroscó la tapa y subió corriendo a su cuarto. Colocó el frasco en una estantería, de una patada despejó el suelo de ropa y juguetes para poder sentarse, con la espalda apoyada en la cama. Necesitaba pensar.

Primero, se examinó el índice. Era casi tan corto como el pulgar. Tocó el espacio donde tenía que estar la parte que le faltaba de dedo. No había nada. La punta del dedo no era simplemente invisible. Se había fundido.

Tras media hora de pensar con calma, Peter se dirigió a la ventana, que daba al jardín de atrás. El césped parecía la versión al aire libre del cajón de la cocina. Ahí estaban sus padres tumbados boca abajo en la hierba, medio dormidos, tomando el sol. Entre ellos estaba Kate, que seguramente pensaba que tomando el sol se las daba de adulta. Alrededor del trío estaban los restos de su tarde de domingo desperdiciada: tazas de té, tetera, periódicos, bocadillos a medio consumir, pieles de naranja, envases vacíos de yogur. Contempló a su familia con resentimiento. No se podía hacer nada con esa gente, pero tampoco se podían tirar. O, mejor dicho, bueno, quizá... Inspiró profundamente, se metió el pequeño frasco azul en el bolsillo y bajó.

Peter se arrodilló junto a su madre. Ella murmuró somnolienta.

—Ten cuidado con no quemarte, mamá —dijo Peter lleno de amabilidad—. ¿Quieres que te ponga un poco de crema en la espalda?

Viola Fortune murmuró algo que sonó parecido a un sí. Él sacó el frasco. Era difícil desenroscar la tapa con un dedo de menos. Se colocó el guante desemparejado que había cogido al pasar por la cocina. La blanca espalda de su madre brillaba a la luz del sol. Todo estaba a punto.

Peter no albergaba ninguna duda de que quería a su madre muchísimo, y de que ella lo quería a él. Le había enseñado a hacer caramelo y a leer y escribir. Había saltado una vez en paracaídas y se quedaba en casa con él cuando estaba enfermo. Era la única madre que conocía capaz de hacer el pino y aguantarse sin las manos. Pero había tomado una decisión y tenía que desaparecer. Sacó una porción de crema fría con la punta de su dedo enguantado. El guante no desapareció. La magia parecía funcionar sólo con tejido vivo. Dejó caer la crema justo en medio de la espalda de su madre.

—Oh —exclamó, sin demasiada convicción—. Está muy fría.

Peter empezó a extender la crema de modo uniforme y, en el acto, su madre empezó a disolverse. Hubo un momento desagradable mientras la cabeza y las piernas seguían estando en la hierba, sin nada en medio. Rápidamente extendió más crema en la cabeza y los tobillos.

Desapareció. El suelo sobre el que había estado echada tenía todavía su marca, pero al mirar con más atención vio que las hojas de césped ya se estaban enderezando.

Peter se acercó con el frasquito azul a su padre.

—Me parece que te estás quemando, papá —dijo Peter—, ¿te pongo un poco de crema?

—No —dijo su padre sin abrir los ojos.

Pero Peter ya había sacado una buena porción de crema y la estaba extendiendo por los hombros de su padre. Lo cierto era que no había nadie en el mundo, exceptuando a su madre, a quien Peter quisiera más que a su padre. Y estaba clarísimo que su padre lo quería. Thomas Fortune aún conservaba en el

garaje una moto de 500 cc (otra cosa que no se podía tirar) y con ella lo llevaba dar vueltas. Le había enseñado a silbar, a anudarse los zapatos de un modo especial y a derribar la gente haciéndola caer por encima de la cabeza. Pero Peter había tomado una decisión y su padre tenía que desaparecer. Esta vez untó la crema desde los pies a la cabeza en menos de un minuto, y lo único que quedó en el césped fueron las gafas que Thomas Fortune usaba para leer.

Sólo quedaba Kate. Yacía llena de satisfacción, boca abajo, entre los dos padres disueltos. Peter miró el frasco azul. Quedaba lo suficiente para una persona pequeña. Le habría costado admitir que quería a su hermana. Una hermana estaba sencillamente ahí, se la quisiera o no. Pero era divertido jugar con ella cuando estaba de buen humor; además, tenía la clase de cara que hacía que a uno le entraran ganas de hablar con ella y probablemente era cierto que en el fondo la quería, y ella a él. A pesar de todo, había tomado una decisión y tenía que desaparecer.

Sabía que sería un error preguntar a Kate si quería que le pusiera crema en la espalda. Inmediatamente sospecharía alguna jugarreta. Los niños son más difíciles de engañar que los adultos. Pasó el dedo por el fondo del frasco y estaba a punto de dejar caer sobre ella un pegote de tamaño medio, cuando su hermana abrió los ojos y vio la mano enguantada.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

Se levantó de un salto, golpeó el brazo de Peter e hizo que la crema destinada a su espalda le cayera en la cabeza. Estaba de pie, tocándose el pelo.

—Mamá, papá, me está echando porquería encima —se quejó.

—Oh, no —dijo Peter.

La cabeza de Kate, así como sus manos, estaban desapareciendo. Y empezó a correr por el jardín como un pollo sin cabeza, agitando sus reducidos brazos. Habría gritado de tener boca con la que gritar. Es terrible, pensó Peter, y echó a correr tras ella.

—¡Kate! ¡Escúchame! ¡Para!

Pero Kate no tenía oídos. Siguió corriendo en círculos cada vez más grandes, hasta que chocó contra el muro del jardín y cayó en los brazos de Peter. ¡Qué familia!, pensó, mientras untaba lo que quedaba de crema disolvente sobre Kate.

Qué alivio cuando por fin desapareció y hubo paz en el jardín.

Ante todo, quiso ordenar el lugar. Recogió la basura de la hierba y la tiró al cubo de la basura: la tetera, las tazas y todo lo demás, así se ahorraría fregar. A partir de ese momento, la casa se regiría eficazmente. Cogió una gran bolsa de plástico de su dormitorio y la llenó con los objetos que encontró por ahí. Todo lo que halló en su camino fue considerado basura: ropa en el suelo, juguetes en la cama, pares de zapatos extra. Patrulló por la casa recogiendo objetos que parecían no estar en su sitio. Lo que hizo con las habitaciones de su hermana y sus padres fue sencillamente cerrar las puertas. Despojó el salón de adornos, cojines, fotografías enmarcadas y libros. En la cocina, despejó las estanterías de platos, libros de cocina y botes de desagradables encurtidos. Cuando hubo acabado su trabajo al final de la tarde, había once bolsas de desechos domésticos alineados junto al cubo de la basura.

Se hizo la cena: pan con mantequilla y azúcar. Después, tiró el plato y el cuchillo a la basura. Luego, paseó por toda la casa, contemplando las habitaciones vacías. Por fin podía pensar bien, por fin podía ponerse a inventar sus inventos, en cuanto encontrara un lápiz y una hoja de papel en blanco. El problema era que los objetos que solían encontrarse por ahí como los lápices estaban probablemente en una de las once bolsas junto al cubo de la basura. No importaba. Antes de empezar el trabajo duro vería un ratito la televisión. La televisión no estaba prohibida en casa de los Fortune, pero tampoco se fomentaba, la ración diaria era de una hora. Una dosis mayor, creían los Fortune, pudría el cerebro. No aportaban ninguna prueba médica de esa teoría. Eran las seis de la tarde cuando Peter se sentó en un sillón con un litro de limonada, un kilo de toffes y un bizcocho. Esa noche vio lo de toda una semana. Era pasada la una de la madrugada cuando se levantó tambaleando y llegó con algún tropezón al oscuro vestíbulo.

—Mamá —llamó—. Voy a vomitar.

Se plantó delante de la taza del váter esperando lo peor. No ocurrió, lo que fue más desagradable. Del piso de arriba llegó un sonido difícil de describir. Era un ruido de pasos chirriantes chancleteante y chapoteante, como si una criatura viscosa cruzara de puntillas un enorme charco de gelatina verde. Las náuseas de Peter desaparecieron y fueron sustituidas por el terror. Se dirigió a la escalera. Encendió la luz y echó una ojeada.

—Papá —dijo con voz ronca—. ¿Papá?

No hubo ninguna respuesta.

No tenía sentido dormir abajo. No había mantas y había tirado todos los cojines. Empezó a subir las escaleras. Cada paso crujía y lo delataba. El corazón le martilleaba en los oídos. Creyó oír de nuevo el sonido, pero no pudo estar seguro. Sólo el sibilante silencio y su batiente corazón. Subió otros tres escalones. Si Kate estuviera en su habitación, hablando con las muñecas... Le quedaban cuatro escalones para llegar al rellano. Si había un monstruo moviéndose de un lado a otro en un charco de gelatina, se había detenido y lo estaba esperando. Su dormitorio estaba a seis pasos de distancia. Contó hasta tres y se lanzó a correr. Cerró con fuerza la puerta tras él, echó el pestillo y se apoyó contra ella, esperando.

Estaba a salvo. La habitación parecía desnuda y amenazadora. Se metió en la cama con ropa y zapatos, dispuesto a salir por la ventana en caso de que el monstruo derribara la puerta. Esa noche Peter no durmió, corrió. Corrió en sueños, por resonantes pasillos, a través de un desierto de piedras y escorpiones, por laberintos de hielo, a lo largo de un inclinado y blando túnel rosa de paredes goteantes. Fue entonces cuando se dio cuenta que no lo perseguía el monstruo. Estaba corriendo por su garganta.

Se despertó de golpe y se sentó en la cama. Fuera había luz. Era media mañana quizá, o primera hora de la tarde. El día tenía ya un aspecto gastado. Quitó el pestillo de la puerta y asomó la cabeza. Silencio. Vacío. Descorrió las cortinas de habitación. La luz entró a raudales y empezó a sentirse más valiente. Fuera se oía el canto de los pájaros, el ruido del tráfico, el sonido de una cortadora de césped. Cuando volviera la oscuridad, también lo haría el monstruo. Lo que necesitaba, pensó, era una trampa. Si pretendía pensar con calma e inventar su invento, tendría que acabar con el monstruo de una vez por todas. Necesitaba, vamos a ver, veinte chinchetas, una linterna, algo pesado al final de una cuerda amarrada a un palo...

Esos pensamientos lo llevaron abajo, a la cocina. Abrió el cajón. Estaba apartando una caja de portavelas de cumpleaños que se habían medio derretido la última vez que se utilizaron cuando se vio el índice. ¡Estaba allí! Había vuelto a crecer. Los efectos de la crema habían desaparecido. Empezaba a considerar qué podría significar eso cuando sintió una mano en el hombro. ¿El monstruo? No, Kate, entera, de una sola pieza.

Peter empezó a parlotear.

—Gracias a Dios que estás aquí. Necesito que me ayudes. Estoy haciendo una

trampa. Mira, con esto...

Kate empezó a arrastrarlo de la mano.

—Llevamos un buen rato llamándote desde el jardín. Y tú aquí, mirando el cajón. Ven a ver lo que estamos haciendo. Papá ha sacado el motor de la podadora vieja. Vamos a hacer un aerodeslizador.

—¡Un aerodeslizador!

Peter se dejó conducir hacia fuera. Tazas, pieles de naranja, periódicos y sus padres... sin disolver.

—Ven —gritó su madre—. Ven a ayudarnos.

Thomas Fortune tenía una llave inglesa en la mano.

—Podría funcionar —dijo—, si nos ayudas.

Mientras Peter corría en dirección a su padre, se preguntó qué día sería. ¿Domingo aún? Decidió no averiguarlo.

4. EL MATÓN

Había un matón en la escuela de Peter y se llamaba Barry Tamerlane. No parecía un matón. No iba desaliñado, su rostro no era feo, no tenía una sonrisa inquietante, ni costras en los nudillos, ni tampoco llevaba armas peligrosas. No era especialmente grande. Ni tampoco era uno de esos tipos pequeños, enjutos y huesudos que pueden resultar feroces luchadores. No lo maltrataban en su casa, como ocurre con muchos matones, ni estaba consentido. Sus padres eran amables pero firmes, y no sospechaban nada. Su voz no era fuerte ni ronca, los ojos no eran pequeños ni duros y ni siquiera era muy tonto. En realidad, era más bien regordete y fofo, aunque no exactamente un gordito, llevaba gafas, tenía una cara blanda y rosada y un aparato de metal en la boca. Exhibía a menudo un aspecto triste y desamparado que atraía a algunos adultos y que le era útil cuando tenía que dar explicaciones para salir de algún lío.

¿Qué era entonces lo que convertía a Barry Tamerlane en un matón con éxito? Peter había dado a esa pregunta un montón de distraídas vueltas. Su conclusión era que había dos razones para el éxito de Barry. La primera era que parecía capaz de moverse de la forma más rápida entre querer algo y conseguirlo. Si estabas en el patio con un juguete y a Barry Tamerlane le gustaba su aspecto, sencillamente te lo arrancaba de las manos. Si necesitaba un lápiz en clase, sencillamente se daba la vuelta y «tomaba prestado» el tuyo. Si había una cola, se dirigía directamente al principio. Si se enfadaba contigo, te lo decía y luego te golpeaba con fuerza. La segunda razón del éxito de Tamerlane era que todo el mundo le tenía miedo. Nadie sabía a ciencia cierta por qué. El nombre mismo de Barry Tamerlane bastaba para sentir una mano helada apretándote el estómago. Le tenías miedo porque todo el mundo se lo tenía. Era temido porque tenía la reputación de ser temible. Cuando lo veías llegar, te apartabas de su camino y cuando te pedía tus caramelos o tus juguetes, se los entregabas. Eso era lo que hacía la gente, así que parecía sensato actuar del mismo modo.

Barry Tamerlane era un chico poderoso en la escuela. Nadie era capaz de impedir que consiguiera lo que quería. El mismo no era capaz de impedirlo. Era una fuerza ciega. A veces le parecía a Peter como un robot programado para hacer lo que tuviera que hacer. Era extraño que no le importara no tener amigos ni que

todos lo odiaran y lo evitaran.

Peter, por supuesto, mantenía las distancias con el matón, pero le dedicaba una atención especial. Barry Tamerlane era un misterio. Cuando cumplió once años, Barry invitó a una docena de chicos del colegio a una fiesta. Peter intentó eludir la invitación, pero sus padres no le hicieron caso. Les caían bien el señor y la señora Tamerlane, de modo que, según la lógica de los adultos, a Peter tenía que caerle bien Barry.

El sonriente homenajeador recibió a sus invitados en la puerta.

—¡Hola, Peter! Gracias. ¡Eh, mamá, papá, mirad lo que me ha regalado mi amigo Peter!

Aquella tarde Barry fue amable con todos sus invitados. Participó en los juegos y no pretendió ganar siempre con la excusa de que era su cumpleaños. Rio con sus padres, sirvió las bebidas y ayudó a recoger y fregar los platos. En un momento dado, Peter echó una ojeada al dormitorio de Barry. Había libros por todas partes, un tren en el suelo, un viejo osito de peluche en la cama apoyado contra una almohada, un juego de química, un videojuego: era un dormitorio como el suyo.

Al final de la tarde, Barry le dio a Peter un amable golpe en el brazo y le dijo:

—Hasta mañana, Peter.

De modo que Barry Tamerlane lleva una doble vida, pensó Peter camino de casa. Todas las mañanas, en algún punto del trayecto entre la casa y la escuela, el niño se transforma en monstruo y, al final del día, el monstruo se transforma de nuevo en un niño. Esos pensamientos llevaron a Peter a fantasear acerca de pociones y fórmulas mágicas que transforman a la gente; y luego, en las semanas que siguieron a la fiesta de cumpleaños, no volvió a pensar en ello. Resulta un verdadero misterio el modo en que podemos llegar a acostumbrarnos a vivir con misterios, y había en el universo enigmas mucho más grandes que Barry Tamerlane.

Uno de esos enigmas le había rondado bastante por la cabeza a Peter últimamente. Un día iba por un pasillo de la escuela, camino de la biblioteca, cuando pasaron junto a él dos chicas de una clase superior.

Una le estaba diciendo a su amiga:

—Pero ¿cómo sabes que no estás soñando ahora? Podrías estar soñando que me hablas.

—Bueno —dijo la amiga—, podría pellizcarme y si me doliera me despertaría.

—Pero supón —dijo la primera chica— que sueñas que te pellizas y que sueñas que te duele. Todo puede ser un sueño y no saberlo nunca...

Doblaron una esquina y desaparecieron. Peter se detuvo para pensar. Era una idea que se le había medio ocurrido, pero que nunca había formulado con tanta claridad. Miró a su alrededor. El libro de la biblioteca en la mano, el iluminado ancho pasillo, las luces del techo, las aulas a ambos lados, los niños que se le acercaban: todo eso podría no estar allí. Podrían no ser más que pensamientos en su cabeza. A su lado, en la pared, había un extintor. Alargó la mano y lo tocó. El rojo metal estaba frío bajo sus dedos. Era sólido, real. ¿Cómo no iba a estar allí? Pero, al mismo tiempo, eso era lo que sucedía en los sueños: todo parecía ser real. Sólo cuando te despertabas sabías que habías estado soñando. ¿Cómo podía saber que no estaba soñando el extintor, soñando el rojo, soñando su tacto?

Transcurrieron los días y Peter siguió pensando en el problema. Se encontraba una tarde en el jardín cuando se dio cuenta de que, si estaba soñando el mundo, todo cuanto ocurriera lo provocaría él. Justo encima, en lo alto del cielo, un avión iniciaba el descenso. La luz del sol daba un reflejo plateado a sus alas. Las personas que allá arriba estaban enderezando los asientos y cerrando las revistas no tenían ni idea de que eran soñados por un niño en el suelo. ¿Significaba eso que cuando un avión se estrellaba era por su culpa? ¡Qué idea más terrible! Pero en realidad, si era así, tampoco había, en el fondo, accidentes de aviación. Eran sólo sueños. A pesar de todo, miró fijamente el avión y deseó con todas sus fuerzas que llegara sano y salvo al aeropuerto. Llegó.

Una noche, un par de días más tarde, la madre de Peter entró en su dormitorio para darle el beso de buenas noches. En el momento en que sus labios le tocaron la mejilla, tuvo otro pensamiento. Si estaba soñando, ¿qué pasaba con su madre cuando se despertaba? ¿Habría otra madre, más o menos igual, sólo que de verdad? ¿O alguien completamente diferente? ¿O nadie? Viola se quedó bastante sorprendida cuando Peter le rodeó el cuello con los brazos y trató de impedir que se fuera.

Con el paso de los días, Peter siguió dándole vueltas al problema y empezó a

pensar que seguramente era verdad que su vida era sólo un sueño. Había mucho de sueño en el modo en que los niños llegaban al colegio cada mañana como un río humano, en el modo en que la voz de la maestra flotaba entre las paredes del aula y en el modo en que se movía su falda cuando se dirigía a la pizarra. Y fue casi como un sueño el modo en que la maestra se plantó de pronto ante él y le dijo:

—¿Peter, Peter? ¿Me escuchas? ¿Estás otra vez en las nubes?

Intentó decirle la verdad.

—Creo —dijo muy cautelosamente— que estaba pensando sobre estar en las nubes.

Toda la clase se echó a reír. Fue una suerte para Peter que la señorita Burnett tuviera debilidad por él. Le alborotó el pelo y se alejó hacia las primeras filas diciéndole:

—Venga, presta atención.

Y así fue como ocurrió que Peter se encontró en el fondo del patio durante el recreo. Todo el que se fijara en él habría visto a un niño de pie junto a un muro, con una manzana en la mano, mirando el aire, sin hacer nada. En realidad, Peter estaba pensando con intensidad. Había estado a punto de comerse la manzana cuando había tenido otra idea brillante. Un gran avance. Si la vida era un sueño, morir debía de ser el momento en que te despertabas. Eso era lo que la gente quería decir cuando hablaban de ir al cielo. Era como despertarse. Peter sonrió. Estaba a punto de recompensarse con un mordisco de la manzana cuando alzó la vista y se encontró contemplando la redondeada cara sonrosada de Barry Tamerlane, el matón de la escuela.

Sonreía, pero no parecía contento. Sonreía porque quería algo. Había cruzado el patio en línea recta en dirección a Peter, pasando entre quienes jugaban al fútbol, al tejo y a la comba.

Le cogió la mano y dijo simplemente:

—Quiero esa manzana.

Y volvió a sonreír. Unos destellos plateados brillaron en el aparato metálico de su boca.

Peter no era un cobarde. Una vez, en Gales, bajó una montaña con un tobillo torcido y sin quejarse. Y una vez se metió vestido en un mar embravecido para sacar de las olas al perro de una señora. Pero no tenía ánimos para luchar. Era algo que rehuía hacer. Era bastante fuerte para su edad, pero sabía que nunca podría ganar una pelea porque nunca podría llegar a pegarle a alguien verdaderamente fuerte. Cuando estallaba una pelea en el patio y todos los niños formaban un corro, Peter sentía náuseas en el estómago y debilidad en las piernas.

—Venga —dijo Barry Tamerlane con voz razonable—. Dámela o te aplastaré la cara.

Peter sintió que un torpor le subía desde los pies y se apoderaba de su cuerpo. La manzana era amarilla veteada de rojo. La piel estaba un poco mustia porque hacía una semana que la había llevado a la escuela, donde había envuelto su pupitre con un aroma dulce y silvestre. ¿Valía una nariz aplastada? De ningún modo. Pero, al mismo tiempo, ¿iba a regalarla sólo porque un matón se lo exigía?

Miró a Barry Tamerlane. Se había acercado un poco más. Su redonda cara sonrosada había enrojecido. Las gafas le hacían los ojos más grandes. Una pequeña burbuja de saliva colgaba entre su aparato y un incisivo. No era más grande ni, sin duda, más fuerte que Peter.

Ya algunos niños, dándose cuenta de que pasaba algo en el rincón del patio donde estaba Tamerlane, empezaban a juntarse en un círculo irregular.

—¡Vamos, Peter! ¡Rómpele la jeta! —dijo alguien poco servicialmente.

Barry Tamerlane se dio la vuelta y lanzó una mirada, y el chico retrocedió hasta las últimas filas de la multitud.

—¡Ánimo, Barry! ¡Ánimo, Barry! —dijeron otras voces.

A Barry Tamerlane no le gustaba que lo rechazaran. Se estaba preparando para luchar. Había retrocedido un poco, había cerrado un puño y se había ladeado un poco. Las rodillas estaban ligeramente inclinadas y se balanceaba. Parecía saber lo que hacía.

Al círculo se estaban sumando más niños. Peter oyó el grito que recorría el patio: «¡Una pelea! ¡Una pelea!». La gente acudía de todas las direcciones.

El corazón de Peter sonaba en sus oídos. La última vez que se vio en una

situación semejante había sido un gato con un truco humano en la manga. Pero en esta ocasión no era tan sencillo. Intentando ganar tiempo, se pasó la manzana de una mano a otra y dijo:

—¿De verdad quieres esta manzana?

—Ya me has oído —dijo Tamerlane con una voz monótona—. Esa manzana es mía.

Peter miró al niño que se disponía a golpearlo y recordó la fiesta de cumpleaños tres semanas atrás, cuando Barry se había mostrado tan cordial y amistoso. En ese momento, apretaba la cara para parecer lo más malvado posible. ¿De dónde había sacado la idea de que cuando estaba en la escuela podía hacer cualquier cosa o coger lo que quisiera?

Peter se atrevió a quitarle los ojos de encima a Barry un momento y vio el apretado círculo de caras excitadas y temerosas. Ojos grandes, bocas abiertas. Alguien estaba a punto de ser derribado por el terrible Tamerlane y nadie podía hacer nada. ¿Qué era lo que hacía tan poderoso al sonrosado y regordete Barry? Inmediatamente, sin que viniera de ningún sitio, Peter encontró la respuesta. Es evidente, pensó. Somos nosotros. Nosotros lo hemos soñado un matón de escuela. No es más fuerte que ninguno de nosotros. Nosotros hemos soñado su poder y su fuerza. Nosotros lo hemos convertido en lo que es. Cuando vuelve a casa, nadie cree en él como matón y entonces se convierte en sí mismo.

Barry habló de nuevo:

—Es tu última oportunidad. Dame la manzana o te mandaré al quinto pino de un puñetazo.

Como respuesta, Peter se llevó la manzana a la boca y le dio un enorme bocado.

—¿Sabes una cosa? —dijo lentamente con la boca llena—. No te creo. En realidad, te voy a decir algo gratis. Ni siquiera creo que existas.

La multitud lanzó un grito ahogado y, también, algunas risitas. Peter parecía muy seguro de sí mismo. Quizá estaba en lo cierto.

Incluso Barry frunció el ceño y dejó de balancearse.

—¿Qué estás diciendo?

Todo el miedo de Peter había desaparecido. Se plantó justo delante de Barry, sonriendo como si más bien se apiadara de él por no existir. Tras semanas de preguntarse si la vida era realmente un sueño, Peter había decidido que Tamerlane el matón sin duda era uno y que, si golpeaba a Peter en la cara con toda su fuerza, no podría hacerle más daño que una sombra.

Peter le dio otro mordisco a la manzana. Acercó su cara a la de Barry y lo miró como si no fuera más que una foto divertida en la pared.

—No eres más que una gelatina rosa y gorda... con dientes de metal.

Sonó una risotada que se extendió por la multitud y no se detuvo. Sonaron risas socarronas, risitas y gritos. Los niños se apiñaron más y se dieron palmadas en las rodillas. Estaban exagerando, por supuesto. Querían demostrarse que ya no tenían miedo. Se lanzaron fragmentos de insultos.

—¡Gelatina rosa... dientes de metal... una gelatina con dientes de metal!

Peter sabía que su comentario era cruel. Pero ¿qué importaba? De todas formas, Barry no era real. Había adquirido un rosa brillante, más brillante que cualquier gelatina. Estaba odiando ese momento.

Peter insistió un poco más antes de que Barry fuera consciente de su rabia.

—He estado en tu casa, ¿te acuerdas? Por tu cumpleaños. Sólo eres un niño simpático y normal. Te vi ayudando a tu mamá a fregar los platos...

—¡Aaaaaaah! —cantó la multitud en una larga nota descendente de fingido afecto.

—No es verdad —soltó Barry.

Le brillaban los ojos.

—Y miré en tu habitación y vi tu osito colocado sobre la cama.

—¡AAAAAAAh! —gritó la multitud. El sonido descendió desde una nota aún más elevada, hasta convertirse en burla—. ¡Ooooooh! ¡Barry Blandiblup!..., ¡un osito de peluche!..., ¡aaaah!

Por supuesto no había ni un solo niño que no siguiera queriendo en secreto a un apolillado animal de peluche y lo abrazara por la noche. Pero qué maravilloso era saber que el matón también tenía uno.

Es probable que Barry Tamerlane aún pensara en pegarle a Peter en la cara. Mientras los gritos y las burlas crecían, alzó el brazo y apretó débilmente el puño. Y entonces sucedió algo terrible. Estalló en lágrimas. No hubo disimulo. Las lágrimas aparecieron en fluidas hileras a ambos lados de su nariz, y la respiración dejó de estar bajo control. Todo su cuerpo se agitó como si luchara por pequeñas bocanadas de aire. Pero la multitud no conocía la piedad.

—¡El Blandiblup se quiere ir con mamá!

—¡Quiere estar con su osito!

—¡Ooooooh! ¡Miradlo!

Y entonces el llanto se hizo tan poderoso que el pobre Barry ni siquiera tuvo fuerzas para alejarse. Se quedó en medio del círculo de niños, llorando y restregándose los mocos con las manos. Todo y todos estaban contra él. Nadie creía en él. La burbuja del sueño había estallado y el matón había desaparecido con ella.

Lentamente, las pullas y la risa fueron desapareciendo y un incómodo silencio se apoderó de la multitud. Los niños empezaron a alejarse, de vuelta a sus juegos. Una maestra cruzó corriendo el patio, pasó los brazos sobre los hombros del solitario niño y se lo llevó diciendo:

—Pobre niño. ¿Se estaban metiendo contigo?

Durante el resto de esa mañana en clase, Barry estuvo alicaído. Se encorvó sobre su trabajo y no levantó la vista ni miró a nadie. Parecía como si intentara parecer más pequeño o desaparecer del todo.

Peter, en cambio, se sentía henchido de satisfacción. Llegó del patio y se sentó en su pupitre, justo detrás de Barry, fingiendo no darse cuenta de los guiños y las agradecidas sonrisas que se producían a su alrededor. Le había dado una paliza al matón sin levantar un dedo, y casi toda la escuela lo había visto. Era un héroe, un conquistador, un superhombre. No había nada que no pudiera conseguir con su brillante y astuta inteligencia.

Pero, a medida que transcurría la mañana, empezó a sentirse bastante

diferente. Sus palabras empezaron a atormentarlo. ¿Las había dicho de verdad? Fue consciente de la desarbolada figura de Barry Tamerlane delante de él y le golpeó la espalda con una regla. Pero Barry sacudió la cabeza y no se dio la vuelta. Peter se estremeció al recordar más cosas que había dicho. Intentó recordar lo horrible que había sido Barry. Peter intentó concentrarse en su victoria, pero ya no estaba a gusto con ella. Se había burlado de Barry por ser gordo, por llevar un aparato en la boca, tener un osito y ayudar a su mamá. Había querido defenderse y darle una lección a Barry, pero había acabado por convertirlo en objeto de burla y desprecio de toda la escuela. Sus palabras habían hecho más daño que un puñetazo en la nariz. Había aplastado a Barry. ¿Quién era el matón ahora?

Al salir para almorzar, Peter dejó una nota en el pupitre de Barry. Decía: «¿Quieres jugar al fútbol? P.S.: Yo también tengo un osito y he ayudado a fregar los platos. Peter».

Barry había temido tener que enfrentarse a todos durante el siguiente recreo, de modo que aceptó con gusto. Los dos niños organizaron un partido e insistieron en estar en el mismo equipo. Se ayudaron mutuamente a marcar goles y al final se cogieron del brazo. No tenía sentido que alguien se burlara de Barry. Él y Peter se habían hecho amigos, no exactamente amigos íntimos, pero amigos al fin y al cabo. Barry colgó la nota de Peter en la pared frente a la mesa de su habitación y el matón, como todos los malos sueños, pronto fue olvidado.

5. EL LADRÓN

Todo el vecindario hablaba del ladrón. Meses atrás había entrado en una casa del principio de la calle. Se había introducido por una ventana trasera durante una soleada tarde en que la casa estaba vacía. Se llevó cuchillos, tenedores y un cuadro. Y se dirigía calle arriba; visitaba una casa de un lado y otra del otro.

«¡Qué sangre fría!», decía la gente. «Al final lo cogerán. Anoche entró en el número ocho, la próxima semana será el número nueve».

Pero no, esperaría tres semanas, o cuatro, y luego saltaría al número once. Y luego volvería al día siguiente y robaría en el número doce. Se llevaba televisores, aparatos de vídeo, ordenadores, estatuillas, joyas. Sabía cómo forzar cerraduras, escalar tuberías, desconectar alarmas antirrobo, quitar pestillos de las ventanas, hacerse amigo de perros furiosos y salir con el botín en pleno día sin ser visto. Era un mago, un maestro del robo. Era invisible, silencioso, flotaba. No dejaba pisadas en los arriates de los jardines, ni huellas dactilares en los pomos de las puertas.

La policía estaba desconcertada. Enviaron a dos agentes de paisano para que vigilaran la calle en un coche camuflado. Todo el mundo sabía quiénes eran. Permanecieron sentados haciendo crucigramas y comiendo bocadillos hasta que fueron llamados para hacer un trabajo más importante. Media hora más tarde, el ladrón actuó de nuevo y se llevó un paquete de caro jabón perfumado y un bastón con mango de plata de casa de la señora Ludobel, una rica anciana que vivía sola y tenía unos sobresalientes dientes amarillos. El bastón había pertenecido a su bisabuelo, un misionero célebre por su celo. Lo utilizaba para golpear a los niños africanos cuando no se habían estudiado las lecciones de la Biblia.

—Poseía un gran valor sentimental —se lamentó la señora Ludobel cuando acudió a contar la noticia a la madre de Peter—. Había dado tres veces la vuelta al mundo en el siglo diecinueve. ¡Y mi jabón, mi valioso jabón!

—Me alegro de que se llevara ese asqueroso bastón —dijo Peter a Kate cuando la señora Ludobel se hubo marchado—. Espero que el ladrón lo rompa de un rodillazo.

Kate asintió con tuerza.

Ojalá se le hubiera llevado los dientes.

Lo cierto era que la señora Ludobel, aunque tenía un nombre que sonaba divertido, no era demasiado apreciada por los niños de la calle. Era uno de esos raros adultos infelices que se sienten profundamente irritados por el hecho de que existan niños. Cuando estaban jugando fuera, les gritaba desde la ventana por «juntarse delante de mi casa». Creía que toda la porquería que se acumulaba en su trozo de calle era dejada allí por niños desaprensivos. Si un balón o un juguete caían en su jardín, salía a toda prisa y lo confiscaba. Siempre estaba de mal humor y que los niños se burlaran de ella empeoraba las cosas. Hacerla enfadar era una especie de diversión. Los padres de Peter decían que estaba un poco loca y era digna de compasión. Siempre intentaban ser amables con ella. Pero a los niños les era difícil compadecerse de un adulto con colmillos amarillos que te perseguía por la calle.

De modo que a Peter no le importó demasiado que se llevaran el jabón y el bastón de la señora Ludobel. Empezaba a sentir cierto respeto por ese ladrón. Decidió llamarlo Sam Burbujas. Qué atrevido era al actuar en toda la calle, casa tras casa, en orden ascendente. ¡Parecía estar pidiendo que lo capturaran!

Pasaron los meses, unas cuantas casas más fueron desvalijadas. Los números quince, diecinueve, veintidós, veintisiete. No podía haber duda alguna. Burbujas se dirigía hacia la casa de Peter, el número treinta y ocho.

Peter pasó mucho tiempo haciendo cálculos con lápiz y papel. No pudo descubrir ningún esquema en los números de las casas elegidas por el ladrón. Pero, si entraba en la suya, llegaría en menos de dos semanas. Quizá se la saltaría. Peter sabía que se sentiría desilusionado si eso ocurría. Sin decírselo a nadie, había decidido que sería el quien capturara a Sam Burbujas.

El fin de semana anterior a la llegada prevista de Burbujas, Thomas y Viola Fortune hicieron preparativos. Thomas Fortune reforzó las ventanas introduciendo largos tornillos en los marcos. Instaló cerraduras más seguras en las puertas delantera y trasera y puso un candado a la verja que rodeaba la casa. Intentó colocar él mismo una alarma antirrobo, pero se golpeó el pulgar con un martillo al clavar el cable eléctrico a la pared, cosa que lo puso de un pésimo humor. Y lo que era peor aún, la alarma, una vez instalada, no funcionaba. No había tiempo de colocar otra y, además, eso no detendría a Sam Burbujas.

Viola Fortune entró en la casa sus herramientas de jardinería preferidas. Recorrió las habitaciones recogiendo pinturas, adornos, lámparas y libros valiosos y los encerró en un armario en lo alto de la casa. Peter y Kate escondieron sus juguetes preferidos debajo de las camas. Parecía que lo que venía calle arriba fuera un huracán, un remolino de viento, un tifón, que podía arrebatarse cuanto tenían. En realidad, se trataba de un viejo ladronzuelo bastante listo en su trabajo. Pero ¿era más listo que Peter?

Peter empezó a planear su campaña. El primer problema era el siguiente: para capturar al ladrón, tenía que estar en casa y eso significaba saltarse la escuela. Podía fingir una enfermedad, pero debía ser cuidadoso. Tenía que hacerlo con exactitud. Si fingía demasiado, uno de sus padres no iría a trabajar para quedarse con él. Sam Burbujas vería que había gente en la casa y seguiría calle arriba. Por otro lado, si Peter no parecía lo bastante enfermo, lo enviarían al colegio con una nota para que lo dispensaran de hacer deporte. Si lo hacía bien, lo dejarían estar en casa solo, con la señora Farrar, la servicial vecina que pasaría más o menos cada hora para ver si todo iba bien.

Por las tardes, de vuelta del colegio, se encerraba en su habitación y se entrenaba en parecer mustio. Para tener un aspecto pálido, se empolvó la cara con harina. En el espejo parecía un cadáver vuelto a la vida. Mascó granos de pimienta para que le subiera la temperatura. Funcionó demasiado bien. Le pareció que la boca y la garganta le ardían, y la temperatura le subió mucho. Lo habrían llevado a toda prisa al hospital. Se preguntó si no le convenía más un esguince en el tobillo. Empezó a cojear de un lado a otro por el pequeño espacio de su dormitorio. Parecía más bien un niño que se estaba convirtiendo en cangrejo.

Estaba todavía perfeccionando su enfermedad tres días más tarde cuando oyó la noticia de boca de su madre. Habían robado al señor y la señora Baden-Baden del número 34. Hacía sólo dos meses que se habían gastado varios miles de libras en el último sistema de alarma con luces rojas y azules, dispositivos de ultrasonidos y una sirena. Parecía como si Sam Burbujas hubiera atravesado las paredes de la casa para robar una raqueta de tenis que tenía cuatrocientos años junto con su caja de vidrio y un carcomido taburete de piano en el que se suponía que se había sentado Mozart un par de minutos cuando tenía cinco años.

—Es un escándalo —dijo Viola Fortune.

—Es indignante —concedió Peter.

Pero cuando su madre se hubo marchado, dio unos puñetazos al aire presa de la excitación. ¡Sam Burbujas estaba en camino! Peter no tenía ninguna razón para creer que su casa, la número 38, sería la siguiente. Lo había decidido porque deseaba que sucediera y, de algún modo, eso parecía suficiente. Y tampoco podía saber cuándo ocurriría el siguiente robo. Pero había hecho una suposición y había decidido que Sam Burbujas llegaría de visita al cabo de cuatro o cinco días.

Ahora bien, mientras Peter hacía los preparativos para estar enfermo, también se preguntó cómo iba a atrapar al ladrón. Estuvo mucho tiempo con la cabeza en las nubes pensando en trampillas, una red que cayera del techo, un lingote de oro cubierto de cola instantánea, un cable eléctrico conectado a los pomos de las puertas, pistolas de juguete, dardos envenenados, lazos, poleas y cuerdas, martillos, muelles, luces halógenas y perros feroces, cortinas de humo, cuerdas de piano y una horca de jardinería. Pero Peter no era tonto. Sabía perfectamente que todas esas ideas podían funcionar, pero también sabía que, para un niño de once años, hacer que funcionaran era casi imposible.

Ese sábado por la mañana estaba echado en la cama pensando. Se encontró contemplando un viejo agujero de ratón en el zócalo de la pared junto a su cama. Ya no había ratones y el agujero parecía seguir de manera indefinida por el interior de la pared y por debajo de las tablas del suelo. Luego alzó la vista hasta la estantería donde guardaba sus posesiones más valiosas y, de pronto, vio la solución. Hiciera lo que hiciera, tenía que ser sencillo. Ahí estaba la ratonera y, más arriba, el regalo de su último cumpleaños que parecía mirarlo y gritarle: «¡Úsame! ¡Úsame!».

Se sentó a la mesa, tomó una hoja de papel y con mano temblorosa redactó una breve carta, puede que la carta más importante de su vida. Luego la metió dentro de un sobre en el que escribió algo y la llevó abajo, al escritorio donde se guardaban todas las facturas de la casa. La escondió un poco, sólo para mantenerla fuera de la vista, pero fácil de encontrar. Escritas con mayúsculas en ese sobre estaban las palabras: «Abrir en caso de muerte repentina».

Viola Fortune se jactaba de lo bien que conocía a sus hijos. Conocía sus humores, sus debilidades, sus preocupaciones y todo lo que les concernía mucho mejor que ellos mismos. Por ejemplo, sabía cuándo Peter o Kate estaban cansados mucho antes de que se sintieran realmente cansados. Sabía cuándo estaban realmente de mal humor, aun cuando ellos creyeran que estaban de buen humor. Esa noche de domingo, había observado cuidadosamente que Peter se había rezagado bastante a la hora de acudir a cenar, que se había acabado el primer plato pero con un esfuerzo que había conseguido ocultar a todos menos a ella, y que al

ofrecerle el segundo su labio superior había temblado en una mueca de disimulado disgusto. Y se trataba de un bistec con patatas fritas onduladas rociado con medio litro de salsa de tomate.

—Peter, cariño. No tienes buen aspecto —había dicho por fin.

—Me encuentro muy bien —contestó Peter, suspiró y se pasó la mano por la cara.

—Creo que deberías acostarte temprano esta noche —dijo Viola.

—No, ¿por qué?

Pero su madre observó sagazmente que no lo decía con la firmeza habitual. Cuando se le ordenó que se pusiera el pijama tras la cena, sólo ofreció una resistencia simbólica. Cuando se asomó a su habitación veinte minutos más tarde, ya estaba casi dormido. No puede engañarme, pensó Viola mientras se alejaba de puntillas. No se encuentra bien.

Peter permaneció despierto hasta medianoche haciendo planes. A la mañana siguiente, su madre pudo ver por sí misma lo pálido y mustio que estaba. Le tomó la temperatura. Nada demasiado serio, pero era evidente que no podía ir a la escuela, por más que protestara. Estaba lo bastante bien para leer y ver la televisión, así que se hicieron planes con la señora Farrar. Peter fue acomodado en el sofá del salón.

—No está mal que la casa parezca ocupada —dijo su padre cuando entró a despedirse—. Pon el volumen de la televisión bien alto. Al menos mantendrás al ladrón alejado.

Todo el mundo se fue. Peter apagó la televisión y salió de debajo de la manta, atento a los crujidos y murmullos de una casa que se adaptaba al silencio. No esperaba que entraran a robar todavía, no a las nueve y media de la mañana. Estaba convencido de que los ladrones no se levantaban temprano. Seguramente Sam Burbujas dormía hasta el mediodía y tomaba un largo y lento desayuno, planeando su siguiente movimiento entre tazas de café cargado y leyendo los periódicos en busca de noticias sobre la detención de viejos colegas.

En efecto, la mañana transcurrió sin novedad. La señora Farrar llegó con galletas caseras. Peter miró la televisión, leyó libros, comprobó su equipo y recorrió la casa apagando una o dos luces y corriendo las cortinas del salón de manera que

no pudieran verlo desde fuera. Desde la calle, la casa parecía vacía. Estaba empezando a sentirse impaciente. Comió el almuerzo que le habían dejado, aunque no tenía hambre. Estaba harto de televisión y libros y, sobre todo, estaba harto de esperar. Vagó por las habitaciones. Se acercó disimuladamente a las ventanas y observó. La calle estaba tranquila, aburrida, sin ladrones. Quizá todo había sido un error idiota. Quizá debería estar en el colegio con sus amigos.

Sin olvidar llevar consigo el equipo antiladrón, subió hasta su dormitorio. Asomándose por la ventana, tenía una buena vista de la calle en ambas direcciones. Nadie, nada, ni siquiera pasaba un coche. Se echó en la cama y gruñó. Se suponía que capturar ladrones era divertido, pero ese había sido el día más aburrido de su vida. Fingir que estaba enfermo y no hacer nada en toda la mañana hizo que se sintiera cansado.

Cerró los ojos y se dejó ir. No fue exactamente un sueño, más bien una pequeña cabezada. Era consciente de estar tumbado en la cama y oía los ruidos del exterior a través de la ventana abierta. Primero pisadas, acercándose desde lejos y cada vez más próximas. Después, un chirrido agudo y seco, como de metal arrastrado sobre piedra, y también ese ruido se hizo cada vez más fuerte y luego se detuvo. Peter estaba lo suficientemente consciente como para saber que debía intentar abrir los ojos. Debía levantarse de la cama y acercarse a la ventana. Pero estaba tan cómodo donde estaba, el cuerpo pesado y blando, como un globo lleno de agua. Era un esfuerzo levantar los párpados. Hubo otro ruido fuera, justo debajo de su ventana, unos golpes suaves y acompasados, como pisadas, pero más lentas, como si alguien estuviera subiendo por una escalera. Y el sonido de una respiración dificultosa y malhumorada que se hacía más fuerte por segundos.

Peter volvió en sí y abrió los ojos. La ventana abierta llenó su campo de visión. Podía ver el extremo de una escalera de aluminio apoyada contra el alféizar de la ventana, y una mano, una mano vieja y arrugada, seguida de otra, cogiéndose a la repisa. Peter se hundió entre las almohadas. Estaba demasiado asustado para recordar sus planes cuidadosamente trazados. Todo cuanto podía hacer era mirar. Una cabeza y unos hombros aparecieron en el marco de la ventana. La cara estaba oculta por un chal de cuadros y un ajustado gorro negro. La figura se quedó inmóvil un momento, contemplando la habitación sin ver a Peter. A continuación, empezó a entrar por la ventana con irritados gruñidos y murmullos de «¡Maldita cosa estúpida!» hasta que estuvo dentro, inspeccionando la habitación, sin percatarse todavía de la presencia de Peter, que permanecía tan inmóvil que debía de parecer parte del dibujo de la colcha.

El ladrón buscó en un bolsillo, sacó un par de guantes negros y se los puso rápidamente. Luego se apartó el chal y se echó para atrás el gorro. Pero no era en absoluto un ladrón. Peter no pudo contenerse. Soltó un grito de asombro. El ladrón lo miró fijamente sin sorpresa.

—¡Señora Ludobel! —susurró Peter.

La señora Ludobel le sonrió con su sonrisa amarilla y alzó las cejas.

—Sí. Te he visto antes de entrar. Me preguntaba cuándo ibas a reconocermme.

—Pero si le robaron la semana pasada...

La señora Ludobel le lanzó una mirada, compadeciéndose de su estupidez.

—Fue un montaje, para que nadie sospechara de usted, ¿verdad? —añadió Peter.

La señora Ludobel asintió alegremente. Parecía mucho más feliz haciendo de ladrón.

—Vamos a ver, ¿vas a dejarme hacer mi trabajo y mantener luego la boca cerrada o voy a tener que matarte?

Al tiempo que hacía esa importante pregunta, avanzó por la habitación, mirando a todos lados.

—En realidad, no es que haya mucho. Pero me llevaré esto.

Cogió de una repisa una reproducción de la torre Eiffel que Peter había comprado en París una vez que estuvo de viaje con la escuela. Se la metió en el bolsillo.

Fue en ese momento cuando Peter recordó su plan. Cogió la cámara de la mesita de noche.

—¿Señora Ludobel? —dijo mansamente.

En el momento en que se dio la vuelta y abandonó su escrutinio de los juguetes de Peter, el flash le dio en la cara. Y luego otra vez flash... flash. Inmediatamente después del tercero, Peter empezó a rebobinar el carrete.

—Eh, niño, dame esa cámara. Ahora mismo.

Su voz se convirtió en un chillido en esas dos últimas palabras. Tendió una mano que agitó con furia.

Peter sacó el carrete. Al mismo tiempo que le entregaba la cámara, se inclinó sobre el borde de la cama y lo echó a rodar por el agujero del ratón.

—Niño, ¿qué pretendes? ¡Esta cámara está vacía!

—En efecto —dijo Peter—. Sus fotos están ahí dentro. Nunca podrá sacarlas.

Con un crujido de las articulaciones de las rodillas, la señora Ludobel se agachó y miró. A continuación, con pequeños jadeos malhumorados se incorporó.

—¡Vaya! —dijo distraídamente—. Tienes razón, Parece que al final tendré que matarte.

Y, con esas palabras, sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

Peter retrocedió hacia la pared.

—Yo que usted no lo haría —dijo—. Pero si insiste, hay algo que debería saber primero. Me parece justo que se lo cuente.

La señora Ludobel soltó una sonrisa amarilla, malhumorada.

—Desembucha rápido.

Peter habló con rapidez.

—En algún sitio de esta casa hay un sobre con la inscripción «Abrir en caso de muerte repentina». Dentro dice que en esta ratonera hay unas fotos del ladrón que es también un asesino. Necesitarán una palanca y un mazo, pero estoy seguro de que se tomarán la molestia.

Hizo falta al menos un minuto para que la señora Ludobel digiriera esa información y durante todo ese tiempo mantuvo la pistola a la altura de la cabeza de Peter. Al final, bajó el arma, pero no la apartó.

—Muy astuto —soltó—. Pero no has acabado de planearlo bien del todo. Si te

disparo, las fotos se descubrirán y me detendrán. Pero si no te disparo tú entregarás las fotos a la policía y me detendrán igualmente. Así que podría muy bien dispararte sólo por divertirme. Y como castigo por hacerme la vida tan difícil.

Quitó el seguro de la pistola, que hizo un ruido seco, y la alzó de nuevo hacia él. Peter intentó bajar de la cama manteniendo al mismo tiempo las manos sobre la cabeza. No era fácil. No quería en modo alguno que le dispararan. Faltaban sólo unas pocas semanas para su cumpleaños y deseaba tener una bici nueva.

—Pero, señora Ludobel —tartamudeó—. He pensado en eso. Si promete dejar de robar y devolver todas las cosas que ha cogido, intentaré pescar las fotos y se las daré. De verdad, se lo prometo.

Sus ojos se entrecerraron mientras consideraba la oferta.

—Mmm. Devolver todas esas cosas no será fácil.

—Podría dejarlas por la noche delante de las puertas.

La señora Ludobel apartó el arma. Peter bajó las manos.

—¿Sabes una cosa? —dijo con voz adulatora—. Había pensado llegar hasta el final de la calle. No podría...

—Lo siento —dijo Peter—. Tiene que parar ya. Esta es mi oferta. Si no le gusta, venga, dispáre.

La señora Ludobel se dio la vuelta, pareció dudar y, durante un angustiante instante, Peter pensó que lo haría. Pero cogió el chal, se embozó con él y se colocó de nuevo el gorro. Se dirigió hacia la ventana y empezó a salir.

—Me he divertido mucho en estos últimos meses. Ahora tendré que volver a gritar a los niños.

—Sí —dijo Peter suavemente—. Por eso no pueden detenerla.

La señora Ludobel le lanzó una última sonrisa amarilla y luego desapareció. Peter oyó el crujido de sus pisadas en los peldaños de la escalera de mano y el chirrido cuando la apartó de la pared. Se sentó en el borde de la cama, se puso la cabeza entre las manos y suspiró. Había ido por un pelo.

Estaba aún en esa posición cuando oyó pisadas que subían ruidosamente por la escalera. La puerta se abrió de golpe y su padre irrumpió en la habitación, se agachó junto a él y le cogió la mano.

—Gracias a Dios estás bien —dijo Thomas Fortune sin aliento.

—Sí —dijo Peter—. Ha ido por...

—Te has quedado dormido aquí arriba —dijo su padre—. Menos mal. No has oído nada. Se ha llevado la televisión, la manta y todo el jabón del cuarto de baño. Ha recortado el cristal de una ventana lateral y ha sacado los tornillos...

Mientras su padre seguía hablando, Peter no dejó de contemplar el agujero del ratón. En los días que siguieron, pasó horas tumbado boca abajo, buscando en el agujero con el alambre de una percha. Cada vez que se cruzaba con la señora Ludobel, ella fingía no conocerlo. Nunca mantuvo su palabra y no devolvió los objetos robados y, mientras tanto, los robos continuaron hasta el final de la calle. Habría ido a la cárcel de poder recuperar él esas fotos, de modo que siguió metiendo el trozo de alambre y hurgando en la ratonera. Pero nunca encontró el rollo de película, como tampoco encontró nunca su reproducción de la torre Eiffel.

6. EL BEBÉ

Una tarde de primavera en que la cocina estaba inundada de luz, a Peter y Kate se les comunicó que su tía Laura y el pequeño Kenneth vendrían a vivir con ellos una temporada. No se dio ninguna razón, pero por la expresión solemne de sus padres era evidente que a su tía algo le iba mal.

—Laura y el bebé se quedarán en tu habitación, Kate —dijo su madre—. Tendrás que mudarle a la de Peter.

Kate asintió valientemente.

—¿Te parece bien, Peter? —preguntó su padre.

Peter se encogió de hombros. No parecía que hubiera muchas opciones.

Y así se dispuso. En realidad, Peter esperó con impaciencia la llegada de Laura. Era la más joven de los muchos hermanos y hermanas de su madre, y le gustaba. Era peligrosa y divertida. Una vez, en una feria, la había visto tirarse desde lo alto de una plataforma de treinta metros atada a una cuerda elástica. Se había precipitado desde el cielo y, justo cuando estaba a punto de hacerse pedazos contra la hierba, había salido despedida de nuevo hacia arriba con un prolongado grito de terror e hilaridad.

Kate se trasladó a la habitación de Peter llevando consigo su último juego, una caja de magia, con una varita y un libro de conjuros. También se llevó un pequeño destacamento de treinta muñecas. Ese mismo día apareció en la casa una montaña de pertrechos infantiles: una cuna, una trona, un parque, un cochecito, un carrito, un andador, un balancín y cinco grandes bolsas de ropa y juguetes. Peter se mostró receloso. Una persona pequeña no podía necesitar tantas cosas. Kate, en cambio, estaba loca de excitación. Ni siquiera la víspera de Navidad se sentía así.

A los niños se les dejó quedarse hasta tarde para dar la bienvenida a los huéspedes. Llevaron al bebé dormido al sofá y lo acomodaron allí. Kate se arrodilló a su lado, como si estuviera en la iglesia, contemplando la cara del niño pequeño y suspirando de vez en cuando. Laura se sentó en el otro extremo de la habitación y

encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Peter vio enseguida que no estaba de humor para la diversión o el peligro, a menos, claro está, que contáramos el hecho de fumar. Contestó a las amables observaciones y preguntas de su madre con respuestas cortas y giraba la cabeza bruscamente en ángulo recto para echar el humo hacia un rincón en el que no había nadie.

A lo largo de los días siguientes, vieron muy poco a Laura y bastante al pequeño Kenneth. Peter se maravilló de la cantidad de espacio que podía ocupar una persona pequeña. En la entrada estaban el cochecito y el carrito; en el salón se hacinaban el parque, el balancín, el andador y un gran batiburrillo de juguetes; y, en la cocina, la trona bloqueaba el armario en el que se guardaban las galletas.

Y el propio Kenneth estaba en todas partes, era uno de esos bebés que gateaban tan bien que no ganaban nada intentando andar. Avanzaba por la alfombra a una velocidad alarmante, como un tanque militar.

Era un bebé de tipo rechoncho, con una gran mandíbula cuadrada que aguantaba una cara regordeta y babosa de un rosa feroz, con unos ojos brillantes y decididos y unas ventanillas de la nariz que, cuando no conseguía lo que quería en el acto, temblaban como las de un luchador de sumo.

Kenneth era un especialista en agarrar cosas. Si veía a su alcance un objeto que pudiera levantar, su cálido puño húmedo se cerraba en torno a él y se lo llevaba a la boca. Era una costumbre terrible. Intentó comerse el piloto sentado en la cabina de la maqueta de avión que Peter estaba pegando. Kenneth también mordió las alas. Se comió los deberes de Peter. Masticó los lápices, la regla y los libros. Se arrastró hasta el dormitorio e intentó mascar la cámara que le habían regalado a Peter por su cumpleaños.

—¡Está loco! —gritó Peter mientras secaba su cámara y su madre se llevaba a Kenneth—. Si pudiera llevársenos a la boca, se nos comería a todos.

—Es sólo una fase —dijo Kate sensatamente—. Todos lo hemos hecho.

Ese tono tranquilo y sabiendo que había adoptado desde la llegada de Kenneth también le sacaba de quicio. Lo había copiado de su madre. Era evidente que nadie podía negar que aquel bebé era espantoso. La hora de la comida era la peor. Kenneth tenía un sistema para convertir la comida en porquería. La trituraba y aplastaba hasta que empezaba a gotear como si fuera cola y se la embadurnaba por los brazos, la cara, la ropa y la trona. El espectáculo le revolvía a Peter el

estómago. Tenía que comer con los ojos cerrados. Y era imposible mantener una conversación porque el bebé berreaba a pleno pulmón casi a cada cucharada.

Kenneth se había apoderado de la casa. No había rincón al que no llegaran sus gritos, olores y risas de hiena loca y sus pequeñas manos especialistas en agarrar cosas. Vacío armarios y librerías, rompió periódicos, derribó lámparas y botellas llenas de leche. A nadie parecía importarle. En realidad, todos, la madre de Peter, su tía, su hermana y su padre, saludaban encantados cada nueva fechoría.

Las cosas llegaron a su punto crítico una tarde después de la escuela. Era finales del mes de junio, pero llovía y hacía frío. Kate estaba echada en su cama leyendo. Peter estaba arrodillado en el suelo. Por aquel entonces las canicas hacían furor en la escuela, y él era un jugador entusiasta. La víspera le había ganado a otro niño la canica más hermosa que jamás había visto, una Gema Verde. Era más pequeña que la mayoría y parecía brillar con luz propia. La estaba usando en ese momento, lanzándola por la alfombra hacia la gran canica anaranjada que solía utilizar como blanco de prácticas. Nada más salir la Gema Verde de su mano, la gorda cabeza calva de Kenneth apareció por la puerta. La canica rodó directamente hacia él y Kenneth se abalanzó sobre ella con furia.

—¡Kenneth, no! —gritó Peter.

Pero fue demasiado tarde. El bebé atrapó la canica y se la metió en la boca. Peter se incorporó a toda velocidad e intentó abrir las mandíbulas de Kenneth. No tardó en desistir. Estaba horriblemente claro lo que había sucedido. El bebé permaneció sentado, inmóvil como una estatua. Durante un instante, los ojos parecieron salirse de las órbitas, y una mirada de desconcertada irritación cruzó su cara.

—No —susurró Peter—. Se la ha tragado.

—Tragado, ¿el qué? —dijo Kate sin levantar la vista del libro de conjuros.

—Mi Gema Verde, la canica que gané ayer.

Kate adoptó su voz tranquila, de sabelotodo.

—Oh, eso. Yo no me preocuparía. Es muy pequeña y lisa. No le hará ningún daño.

Peter miró a Kenneth, que sentado y henchido de satisfacción se contemplaba

la mano.

—Él no me preocupa. ¿Y mi canica?

—No le pasará nada —dijo Kate—. Ya saldrá por el otro lado.

Peter se encogió de hombros.

—Muchas gracias.

Kate cerró el libro de conjuros. Se inclinó y le hizo cosquillas a Kenneth. Kenneth se echó a reír y se arrastró hacia la cama. Kate lo alzó y lo sentó junto a ella en la cama.

—¿Sabes lo que creo? —dijo.

Peter no dijo nada. Sabía lo que le diría.

—Creo que estás celoso de Kenneth.

Qué irritante podía ser su hermana.

—¡Eso es estúpido! —dijo Peter—. Es lo más estúpido que he oído nunca. ¿Cómo iba a sentir celos de esa cosa?

Miró al bebé, que le devolvió la mirada con inocente interés, bamboleando la enorme cabeza.

—¡No es una cosa! —dijo Kate—. Es una persona. De todas formas, es sencillo. Todo el mundo le hace caso a él y no a ti.

Peter la miró con suspicacia.

—Eso no te lo has inventado tú. ¿Quién lo ha dicho?

Su hermana se encogió de hombros.

—Es verdad de todas formas. Ya no eres el niño pequeño de la casa. Por eso eres tan horrible con él.

—¿Horrible con él? Es él quien se ha comido mi canica. Está loco. Es un incordio. ¡Es un monstruo!

La cara de Kate se puso roja de furia. Se levantó y dejó a Kenneth en el suelo.

—Es una monada. Y tú eres espantoso. Ya era hora de que alguien te diera una lección.

Agarró el libro de conjuros y salió apresuradamente de la habitación. El bebé se arrastró tras ella.

Media hora más tarde, Peter vagaba por el piso de abajo. Kate estaba arrellanada en un sillón del salón con su libro abierto en las rodillas. Kenneth estaba en el suelo, tranquilo de momento, ocupado en masticar una revista vieja.

Peter se sentó en el extremo más alejado de la habitación. Quería continuar con la discusión. Quería saber de dónde había sacado Kate esas ridículas ideas. Pero no estaba seguro de cómo empezar. Su hermana estaba concentrada en su libro y jugueteaba con la varita mágica negra que venía con él. Kenneth vio finalmente a Peter y se arrastró hacia él. Utilizando su pierna como apoyo, el bebé se incorporó y logró permanecer en inestable equilibrio entre las rodillas del niño mayor.

Peter miró a su hermana por encima de la cabeza del bebé. Ella no lo miró. Seguía enfadada con él. Menos mal que el juego de magia era sólo un juego. Peter volvió a mirar a Kenneth. El bebé lo estaba mirando fijamente a los ojos y fruncía el ceño, como si buscara algo en su mente, un recuerdo, una pista perdida acerca de otra vida.

—Gaaaaa —dijo Kenneth tranquilamente.

—Gaaaaa —repitió Kate desde el otro extremo de la habitación.

Con la varita señaló hacia Peter.

—Gaaaaa gaaaaa —repitió Kenneth.

—Gaaaaa gaaaaa —volvió a repetir Kate, y trazó un círculo en el aire.

La habitación empezó a brillar y girar y se hizo cada vez más y más grande hasta alcanzar el tamaño de un enorme salón de un palacio.

Peter estaba de pie, balanceándose mientras luchaba por mantener el equilibrio. Se agarraba a un pilar. Pero un pilar vivo y cálido. Era una pierna, una pierna gigante. Peter levantó su bamboleante y pesada cabeza e intentó dirigir su

inestable mirada sobre el propietario de la pierna. Vislumbró una cara, pero enseguida se le escapó del campo de visión. Echó para atrás su inmensa cabeza y lo vio de nuevo, una versión gigante de sí mismo, vestido con el uniforme de la escuela, que lo miraba con indisimulado disgusto. Como atontado, Peter bajó la vista hacia su propia ropa: un ridículo mono con un estampado de ositos y toda la parte de delante manchada de zumo de naranja y chocolate. ¡Terrible, terrible! Kenneth y él se habían intercambiado los cuerpos.

En su sorpresa, Peter se soltó de la pierna y cayó al suelo sentado.

—¡Ups! —oyó que una voz musical decía por él.

Era espantoso, era injusto, era horrible. Estaba al borde de las lágrimas, pero no recordaba del todo qué era lo que le preocupaba. Su atención medio vagaba, medio flotaba de una cosa a otra.

—¡Ayudadme! —gritó—. ¡Que alguien haga algo!

Pero todo lo que salió de sus labios fue una sucesión de torpes balbuceos. La lengua no iba donde él quería que fuera y sólo parecía tener un diente.

Las lágrimas corrían por su cara; estaba cogiendo aire para llenar sus pulmones y gritar su dolor cuando algo poderoso lo atrapó por debajo de los brazos y lo alzó quince metros en el aire. Con la boca abierta, babeó de sorpresa. Estaba contemplando la cara de su tía Laura, que era tan escarpada y colosal como un acantilado. Parecía uno de esos presidentes estadounidenses tallados en la montaña.

Su voz, tan sonora y musical como una orquesta sinfónica, le retumbó en los oídos.

—Las cinco. ¡La cena, el baño y a la cama!

—Bájame, tía Laura. Soy yo. Peter.

Pero lo único que salió fue:

—Aaaa, aguuú, amamá.

—Eso es —dijo ella alentadoramente—. Cena, baño y cama. ¿Lo has oído? —dijo a alguien a lo lejos—. Está intentando hablar.

Peter empezó a dar patadas y a luchar.

—¡Bájame!

Pero ya estaba atravesando la habitación a una velocidad terrorífica. Seguramente iba a estrellarse contra el marco de la puerta.

—¡Iiik! —chilló.

Justo a tiempo cambió de dirección y fue llevado hasta la cocina e introducido en la trona.

La luz del atardecer que se filtraba a través de los árboles del jardín dibujaba en la pared unas sombras móviles de tal belleza que Peter se olvidó de todo.

Señaló y gritó:

—¡Aark!

La tía Laura tarareaba sola en voz baja mientras le ataba el babero alrededor del cuello. Bueno, por lo menos no corría el riesgo de caer al suelo. Sería capaz de informarle de que era víctima de un cruel truco de magia. De modo que dijo con su voz más razonable: «Ing, ing, iin», y habría dicho mucho más si su boca no se hubiera visto trabada por una cucharada de huevo hervido. El gusto y el olor, el color, la textura y el ruido de succión abrumaron sus sentidos y dispersaron sus pensamientos. La huevidad le estalló en la boca, un manantial blanco y amarillo de sensaciones salió disparado hacia su cerebro. Todo su cuerpo se sacudió mientras intentaba señalar el bol que Laura sostenía. Quería más.

—¡Aark! —gritó a través de la boca llena, agitando el brazo—. ¡Aark, aark, aark!

—Sí —dijo su tía con voz suave—. Te gusta el huevo.

Hasta que no se acabó el huevo, Peter no pudo pensar en otra cosa. Cuando lo terminó, y antes de que pudiera recordar de qué estaba hablando, una taza de zumo de naranja lo distrajo con su sabor picante, ácido y sonoro. Luego empezó a llegar a su boca el plátano machacado. Esa comida estaba tan buena que se sentía orgulloso de llevarla en el pelo y en las manos y la cara y el pecho.

Por último se apoyó en el lateral de la trona. Estaba tan lleno que apenas

podía pestañear. Pero sabía que tenía que hablar. Lo intentó lentamente esta vez, presionando la punta de la lengua contra su único diente.

—Tía Laura —dijo pacientemente—. En realidad no soy tu bebé, soy Peter, y ha sido Kate quien...

—Sí —asintió Laura—. Agú agú no está nada mal. Mira cómo te has puesto. Estás lleno de huevo y plátano de la cabeza a los pies. ¡Es la hora del baño!

Y Peter se encontró en los brazos de la tía Laura, volando escaleras arriba. En el rellano pasaron como una exhalación junto a Kate.

—¡Uaaah! —le gritó—. ¡Uaaah uaaah!

—¡Arrurrú! —gritó ella, levantando la varita mágica.

Unos segundos más tarde estaba sentado en una bañera del tamaño de una piscina pequeña, con diminutas olas de agua caliente que chocaban suavemente contra su pecho. Sabía que tenía que hablar con su tía, pero en ese momento estaba más interesado en golpear la superficie del agua con las palmas de las manos. Qué complejo y único era cada manotazo, las gotas se separaban a medida que ascendían y volvían a caer para formar dibujos y ondas. Era tan maravilloso, tan gracioso.

—¡Eh, mira esto! —se encontró gritando—. ¡lii ink aark!

Estaba tan excitado que se le levantaron los brazos y las piernas y cayó hacia atrás. La tía Laura lo sostuvo suavemente por la nuca con la palma de la mano.

El susto lo hizo volver en sí y Peter recordó que tenía que decirle quién era.

—Auaba... —empezó a decir, pero de pronto se vio alzado del agua como un misil de un submarino y aterrizó en una toalla blanca tan grande como el jardín de atrás.

Fue secado, empolvado, envuelto en un pañal, abotonado en un pijama, llevado al dormitorio y depositado en la cuna de Kenneth. La tía Laura le cantó una canción cadenciosa e interesante sobre una oveja negra que guardaba algunas bolsas de lana para unas personas que conocía.

—¡Otra! —gritó—. ¡Unga!

De modo que la tía Laura la cantó otra vez. Luego lo besó, levantó el lateral de la cuna y salió sin hacer ruido de la habitación.

Peter se habría sentido presa del pánico de no haberle dejado la canción tan feliz y somnoliento, La luz del atardecer jugaba en las cortinas corridas que se movían misteriosamente. Los pájaros gorjeaban sus cantos imposibles. Escuchó con atención. ¿Qué iba a hacer? ¿Y si la tía Laura volvía a casa y se lo llevaba consigo? Intentó sentarse y pensar, pero estaba demasiado cansado para levantar su enorme cabeza del colchón.

Oyó la puerta que se abría y unas pisadas que cruzaban la habitación. La cara de Kate apareció entre los barrotes. Sonreía.

—Kate —susurró—. Sácame de aquí. Ve a buscar la varita.

Ella movió la cabeza.

—Te lo mereces.

—Tengo que hacer los deberes —suplicó Peter.

—Kenneth los está haciendo en tu lugar.

—Lo va a ensuciar todo. Por favor, Kate. Te daré todas mis canicas. Todo lo que quieras.

Kate sonrió.

—Eres mucho más simpático así.

Metió las manos entre los barrotes y le hizo cosquillas en la barriga. Intentó no reír pero fue inútil.

—Buenas noches, gordito —susurró y luego desapareció.

A la mañana siguiente, atontado por un sueño que parecía haber durado seis meses, Peter fue llevado abajo, a la cocina. Contempló adormilado a la familia desde lo alto de su trona.

Lo saludaron y le cantaron alegremente:

—Buenos días, Kenneth.

—Uark —contestó Peter con un graznido—. I Jark ork. No soy Kenneth. Soy Peter.

Todo el mundo pareció encantado con esa respuesta. Fue entonces cuando se percató del niño que estaba en el otro extremo de la mesa. Kenneth en el cuerpo de Peter y con su uniforme escolar. Le estaba dirigiendo tal mirada de aversión y disgusto que se formaban oleadas negras en el aire.

El niño desvió la mirada. Apartó el plato, se levantó y salió de la habitación. Peter sintió una fría sacudida de rechazo. Inmediatamente empezó a llorar.

—Pero ¿qué te pasa? —empezaron a decir varias personas en la cocina.

—No me quiere —intentó decirles Peter entre sollozos— y me hace sentir mal. ¡Aaa uaba lama uaa!

Le limpiaron las lágrimas, Kenneth y Kate partieron a la escuela, sus padres salieron a trabajar y, media hora después, recién vestido con un mono limpio, Peter se encontró sentado en el suelo de la sala, apesado en el parque mientras Laura estaba ocupada arriba.

Ahí por lo menos podría planear su fuga, En algún lugar de la casa tenía que estar la varita mágica de Kate. Si pudiera agitarla por encima de su cabeza...

Con sus manos regordetas y débiles agarradas a los barrotes del parque se las arregló para ponerse de pie. Los barrotes continuaban algunos centímetros más por encima de su cabeza. No había puntos de apoyo, y él no era lo suficientemente fuerte como para escalarlos. Se sentó. Tendrían que sacarlo. Tendría que hacer que Laura bajara.

Estaba a punto de gritar cuando un ladrillo amarillo brillante cerca de su pie atrajo su atención. Amarillo, amarillo, amarillo, parecía canturrear de forma seductora. Vibraba, brillaba, silbaba. Tenía que atraparlo. Se lanzó contra él, la mano se cerró a su alrededor, pero no acababa de sentirlo de verdad, no de modo suficiente. Se lo llevó a la boca y, con sus sensibles labios, encías y diente, exploró su sabor a madera, a amarillo, a cubo, hasta que lo comprendió bien.

Luego vio un martillo de plástico rojo, tan rojo que podía sentir el calor del color en la cara. Con la boca, la lengua y la saliva, viajó alrededor de aristas, ángulos

y pliegues.

Así lo encontró la tía Laura diez minutos más tarde, mordisqueando lleno de satisfacción la pata de un canguro de juguete.

El día transcurrió en una serie borrosa de entretenimientos, comidas y una siesta. De vez en cuando, Peter recordaba que debía buscar la varita y luego sus pensamientos quedaban atrapados por el brillante sabor de una comida tan buena que deseaba sumergir en ella todo el cuerpo; o se veía distraído por extrañas canciones que requerían toda su atención: una mujer que vivía en un zapato, una vaca que saltaba sobre la luna, un gato en un pozo; o veía alguna otra cosa que necesitaba explorar con la boca.

Al final de la tarde, la tía Laura lo llevó abajo tras la siesta y lo dejó en el suelo, esa vez fuera del parque. Con las fuerzas repuestas tras haber dormido, Peter decidió empezar de nuevo. La varita se hallaba probablemente en la cocina. Se estaba arrastrando hacia la puerta cuando vio a su izquierda un par de pies con unos zapatos familiares: sus zapatos. Su mirada se alzó desde las piernas hasta la cara del niño sentado en el sillón. Estaba frunciendo el ceño.

Esa vez, Peter reprimió su miedo. Sabía que sólo había una forma de enfrentarse a eso. Gateó hasta las piernas, consiguió ponerse de pie y, todavía jadeando por el esfuerzo, se dirigió directamente a Kenneth.

—Vamos a ver. Tienes que dejar de mirarme de ese modo. No hay ninguna razón para que te caiga mal. No he hecho nada malo. Me porto bien...

En el momento en que dijo esas palabras, la habitación empezó a brillar, girar y encogerse. De pronto, Peter se encontró sentado en el sillón, con el bebé Kenneth de pie entre las rodillas, intentando decirle algo.

Peter levantó al bebé y se lo puso en el regazo. Con cautela, Kenneth alargó la mano y le tocó la punta de la nariz.

—¡Parp! —gritó Peter.

La mano del bebé retrocedió, la cara mostró fugazmente signos de alarma, que se disolvieron en sonrisas y luego en risa. De haber contado Peter el chiste más inteligente, divertido o tonto del universo, no habría hecho reír más a nadie de lo que se rio Kenneth.

Peter miró por encima de la cabeza del bebé a Kate que estaba sentada en el otro extremo de la habitación.

—No creo de verdad que sea un monstruo. En realidad, sabes, me cae bastante bien.

Kate no dijo nada. No le creía.

—Quiero decir —prosiguió Peter— que creo que es genial.

—Mmm —dijo Kate, y dejó su varita—. Si lo dices de verdad, ven conmigo y lo llevaremos al parque a dar una vuelta con el cochecito.

Era un desafío que estaba segura de que él no aceptaría.

—¡De acuerdo! —dijo Peter para asombro de su hermana. Sin dejar al niño, se puso de pie—. Vamos. Podrá ver un montón de cosas interesantes.

Kate se levantó también.

—Peter, ¿qué te pasa?

Pero su hermano no la oyó. Mientras sacaba a Kenneth del salón, había empezado a cantarle una canción a pleno pulmón: «Bee bee bee, ovejita negra, ¿tienes lana...?».

7. EL ADULTO

Todos los agostos, la familia Fortune alquilaba una pequeña casa de pescadores en la costa de Cornualles. Cuantos veían el lugar tenían que reconocer que era una especie de paraíso. Delante de la casa había un jardín. Más allá, discurría un riachuelo, apenas más grande que una acequia, pero útil para construir presas. Un poco más lejos, tras un bosquecillo, pasaba una vía de tren abandonada que antaño había servido para transportar el estaño de una mina cercana. A medio kilómetro de distancia estaba la boca tapiada de un túnel al que los niños tenían prohibido entrar. Detrás de la casa había unos pocos metros cuadrados de jardín lleno de matorrales que daban directamente a la amplia media luna de una bahía de fina arena amarilla. En un extremo de la bahía había cuevas lo bastante profundas y oscuras como para dar miedo. Cuando la marea bajaba se formaban charcas en las rocas. En el aparcamiento que había en la bahía, estacionaba una furgoneta en la que se vendían helados desde media mañana hasta el anochecer. Media docena de casitas se agrupaban a lo largo de la bahía, y los Fortune conocían a las demás familias que acudían en agosto y congeniaban con ellas. Más de una docena de niños de edades comprendidas entre los dos y los catorce años formaban un revoltoso grupo que se reunía para jugar y era conocido, al menos por ellos mismos, con el nombre de La Banda de la Playa.

Con mucho, los mejores momentos eran las noches, cuando el sol se ponía en el Atlántico y las familias se reunían en uno de los jardines de atrás para hacer una barbacoa. Tras cenar, los mayores estaban demasiado satisfechos con sus bebidas y sus interminables historias como para empezar a acostar a los niños y era entonces cuando La Banda de la Playa desaparecía en la serena tranquilidad del anochecer y volvía a sus lugares de juego favoritos. La diferencia radicaba en el misterio de la oscuridad y las extrañas sombras, la refrescante arena bajo los pies y la deliciosa sensación, mientras corrían enfrascados en sus juegos, de que jugaban en un tiempo prestado. La hora de acostarse había pasado de sobra, y los niños sabían que tarde o temprano los adultos abandonarían las conversaciones y sus nombres resonarían en el aire de la noche: ¡Charlie! ¡Harriet! ¡Toby! ¡Kate! ¡Peter!

A veces, cuando los gritos de los adultos no llegaban hasta los niños porque estaban en el extremo más alejado de la playa, enviaban a Gwendoline. Era la

hermana mayor de tres de los niños de La Banda de la Playa. Como no había suficiente espacio en la casa de su familia, Gwendoline se quedaba con los Fortune. Su dormitorio estaba junto al de Peter. Parecía de lo más triste, de lo más ensimismada en sus pensamientos. Era una adulta —algunos decían que tenía diecinueve años— y se sentaba con los adultos todo el rato, pero no participaba en su conversación. Estudiaba medicina y se preparaba para un examen importante. Peter pensaba mucho en ella, aunque no sabía por qué. Tenía los ojos verdes y un pelo tan pelirrojo que podía decirse que era anaranjado. A veces miraba a Peter larga y fijamente, pero pocas veces le hablaba.

Cuando acudía a avisar a los niños lo hacía andando sin prisa por la playa, descalza y con unos pantalones cortos deshilachados, y sólo los miraba cuando llegaba a donde ellos estaban. Hablaba con una voz serena, triste y musical:

—Vamos, chicos. A la cama.

Y luego, sin esperar a oír sus protestas ni repetirlo, daba la vuelta y se marchaba, dejando marcas en la arena mientras se alejaba. ¿Estaba triste porque era una adulta y no le gustaba? Era difícil asegurarlo.

Fue en el verano de su duodécimo año cuando Peter empezó a darse cuenta de lo diferentes que eran el mundo de los niños y el de los adultos. No podía decirse exactamente que los padres nunca se divirtieran. Salían a nadar, pero nunca más de veinte minutos. Les gustaba jugar al voleibol, pero sólo durante una media hora. De vez en cuando era posible convencerles para jugar al escondite, a pillarse o para construir un castillo de arena gigante, pero eran ocasiones especiales. El hecho era que todos los adultos, si se les daba la mínima posibilidad, preferían dedicarse a una de estas tres actividades en la playa: sentarse y hablar, leer periódicos y libros o dormir. Su único ejercicio (si puede llamarse así) eran los prolongados y aburridos paseos, que no eran más que excusas para seguir hablando. En la playa, a menudo miraban el reloj y, mucho antes de que nadie tuviera hambre, empezaban a comentar que ya era hora de empezar a pensar en el almuerzo o la cena.

Se inventaban recados: ir a buscar al hombre que vivía a medio kilómetro de distancia para que arreglara algo, al taller del pueblo o a la ciudad cercana en expediciones de compra. Volvían quejándose del tráfico que había en vacaciones, pero, por supuesto, ellos eran el tráfico de las vacaciones. Esos inquietos mayores hacían constantes visitas a la cabina telefónica que había al final del camino para llamar a los familiares, al trabajo o a los hijos mayores. Peter se dio cuenta de que gran parte de los adultos no podía empezar tranquilamente el día hasta que había

cogido el coche para ir a comprar el periódico, un periódico concreto. Otros no podían pasar el día sin cigarrillos. Otros tenían que aprovisionarse de cerveza. Otros no podían prescindir del café. Algunos no podían leer un periódico sin fumar un cigarrillo y beber café. Los adultos siempre estaban chasqueando los dedos y gruñendo porque alguien había vuelto de la ciudad y se había olvidado algo; siempre se necesitaba algo más y se hacían promesas de ir a buscarlo al día siguiente —otra silla plegable, champú, ajo, gafas de sol, colgadores para la ropa—, como si las vacaciones no pudieran disfrutarse, no pudieran siquiera empezar, a menos que se reunieran todos esos artículos inútiles. Gwendoline, en cambio, era diferente. Pasaba el día sentada en una silla, leyendo un libro.

Mientras tanto, Peter y sus amigos nunca sabían qué día de la semana o qué hora del día era. Recorrían la playa de un extremo al otro, persiguiéndose, escondiéndose, batallando, invadiendo, en juegos de piratas o seres extraterrestres. En la arena construían presas, canales, fortalezas y un zoo acuático que poblaban con cangrejos y caracolas. Peter y otros niños mayores inventaban historias que aseguraban ser ciertas para aterrorizar a los pequeños. Monstruos marinos con tentáculos que salían del agua y atrapaban a los niños por los tobillos y los arrastraban a las profundidades. O el loco con pelo de algas que vivía en la cueva y convertía a los niños en langostas. Peter se esforzaba tanto inventando esas historias que al final se mostraba remiso a ir solo a la cueva y al nadar se estremecía cuando un alga le rozaba el pie.

A veces, La Banda de la Playa se quedaba tierra adentro, en el jardín en el que construían un campamento. O corrían a lo largo de la antigua vía de tren hasta la boca del túnel prohibido. Había una abertura entre los tablones y se animaban unos a otros a meterse en la oscuridad total. El agua goteaba y producía un eco hueco, espeluznante y apagado. Se oían sonidos escurridizos que pensaban que podían ser de ratas y siempre había una brisa fría, húmeda y tiznada que una de las niñas grandes decía que era el aliento de una bruja. Nadie la creía, pero nadie se atrevía a adentrarse más de unos cuantos pasos.

Esos días de verano empezaban temprano y acababan tarde. A veces, mientras se acostaba, Peter intentaba recordar cómo había empezado el día. Los acontecimientos de la mañana parecían haber ocurrido semanas atrás. Había ocasiones en que estaba todavía luchando por recordar el principio del día cuando se dormía.

Una noche, tras la cena, Peter se enzarzó en una discusión con otro de los niños que se llamaba Henry. La disputa empezó por una tableta de chocolate, pero

la rencilla pronto degeneró en una sarta de insultos. Por alguna razón, todos los niños excepto, claro está, Kate se pusieron de parte de Henry. Peter tiró la tableta de chocolate a la arena y se marchó. Kate se dirigió a la casa para que le pusieran una tirita en un corte que se había hecho en el pie. El resto del grupo se fue por la playa. Peter se dio la vuelta y los vio alejarse. Oyó risas. A lo mejor hablaban de él. Mientras el grupo se retiraba en el atardecer, sus miembros se perdieron de vista y sólo se veía una mancha que se movía y se estiraba hacia un lado y otro. Lo más probable era que se hubieran olvidado de él y que jugaran a un nuevo juego.

Peter permaneció de pie de espaldas al mar. Un repentino viento helado le hizo estremecerse. Miró las casas. Sólo pudo oír el grave murmullo de las conversaciones de los adultos, el ruido de un tapón descorchado, el musical sonido de la risa de una mujer, quizá su madre. De pie allí, aquel anochecer de agosto, entre los dos grupos, con el mar lamiendo sus pies descalzos, Peter se dio cuenta de pronto de algo muy obvio y terrible: un día dejaría el grupo que corría desordenadamente por la playa y se uniría al grupo que estaba sentado y conversaba. Resultaba difícil de creer, pero sabía que era verdad. Se preocuparía por cosas diferentes, por el trabajo, por el dinero y los impuestos, los talonarios, las llaves y el café, y por hablar y estar sentado, interminablemente sentado.

Esos pensamientos ocupaban su mente cuando esa noche se metió en la cama. Y no eran exactamente pensamientos felices. ¿Cómo podía ser feliz ante la perspectiva de una vida gastada en estar sentado y hablar? O haciendo recados y yendo a trabajar. Y sin jugar nunca, sin divertirse nunca de verdad. Un día sería una persona completamente diferente. Ocurriría tan despacio que ni siquiera se daría cuenta, y cuando lo hiciera, su espléndido y juguetón yo de los once años estaría bastante lejos, sería tan peculiar y difícil de comprender como le parecían a él todos los adultos en ese momento. Y con estos tristes pensamientos se adentró en el sueño.

Al día siguiente, Peter Fortune se despertó tras un sueño intranquilo y se encontró convertido en una persona gigante, un adulto. Intentó mover los brazos y las piernas, pero eran demasiado pesados y el esfuerzo fue excesivo para él tan temprano por la mañana. De modo que tuvo que quedarse quieto y escuchar los pájaros que estaban al otro lado de la ventana y que lo miraban. La habitación era más o menos la misma, aunque parecía mucho más pequeña. Tenía la boca seca, le dolía la cabeza y se sentía un poco atontado. Le dolió parpadear. Se dio cuenta de que había bebido demasiado vino la víspera. Y quizá también había comido demasiado, porque sentía el estómago lleno. Y había estado hablando demasiado, porque le dolía la garganta.

Gruñó y se puso de espaldas. Hizo un enorme esfuerzo y consiguió levantar un brazo y llevarse la mano a la cara para frotarse los ojos. La piel a lo largo de la mandíbula raspaba al tocarla, como un papel de lija. Tendría que levantarse y afeitarse antes de poder hacer cualquier otra cosa. Y tenía que ponerse en acción porque había un montón de cosas por hacer, recados que cumplir, tareas que realizar. Pero, antes de poder moverse, se quedó sorprendido por la visión de su mano. ¡Estaba cubierta de gruesos pelos negros y rizados! Contempló esa cosa grande y gorda con dedos del tamaño de salchichas y empezó a reír. Incluso de los nudillos salían pelos. Cuanto más la contemplaba, sobre todo cuando la cerraba, más parecía una escobilla de váter.

Se levantó y se sentó en el borde de la cama. Estaba desnudo. Tenía el cuerpo duro, huesudo y peludo por todas partes, con nuevos músculos en los brazos y las piernas. Cuando por fin se puso de pie, casi se dio en la cabeza con una de las vigas bajas del desván, que era su dormitorio.

—Esto es ridíc... —empezó a decir, pero su propia voz le sorprendió.

Sonaba como un cruce entre una podadora y una sirena. Necesitaba lavarse los dientes y hacer gárgaras, pensó. Al cruzar la habitación en dirección al lavabo, las tablas del suelo crujieron bajo su peso. Las articulaciones de las rodillas eran más gruesas, más duras. Cuando llegó al lavabo, tuvo que agacharse para examinarse la cara en el espejo. Con su máscara de rastros negros, parecía como si un mono lo estuviera mirando.

Descubrió que sabía afeitarse. Había observado bastantes veces a su padre. Al acabar, la cara se pareció más a la suya. En realidad era mejor, menos hinchada que su cara de once años, con una mandíbula sobresaliente y una mirada atrevida. No está mal, pensó.

Se vistió con la ropa que había sobre una silla y bajó. Pensó que todo el mundo iba a sorprenderse cuando lo vieran diez años mayor y treinta centímetros más alto que la noche anterior. Pero de los tres adultos inclinados sobre la mesa del desayuno, sólo Gwendoline alzó la vista, le lanzó una mirada con sus brillantes ojos verdes y rápidamente miró hacia otro lado. Sus padres sencillamente mascullaron «Buenos días» y siguieron leyendo los periódicos. Peter sintió algo extraño en el estómago. Se sirvió café, tomó el periódico que estaba doblado junto a su plato y ojeó la primera página. Una huelga, un escándalo relacionado con armas y una reunión de dirigentes de varios países importantes. Descubrió que sabía los nombres de todos los presidentes y ministros, que conocía sus historias y lo que

querían. Seguía notando raro el estómago. Sorbió el café. Era repugnante, como si hubieran machacado cartón quemado y lo hubieran hervido en agua del baño. Siguió sorbiendo de todos modos porque no quería que nadie pensara que tenía de verdad once años.

Peter se acabó la tostada y se levantó. A través de la ventana, pudo ver a La Banda de la Playa corriendo por la playa en dirección a la cueva. ¡Qué desperdicio de energía tan temprano!

—Voy a telefonar al trabajo —anunció Peter a la habitación dándose importancia— y a dar un paseo.

¿Había algo más aburrido y más adulto que un paseo? Su padre gruñó.

—Muy bien —dijo su madre.

Gwendoline miró su plato.

En el vestíbulo, marcó el número de su ayudante en el laboratorio londinense. Todos los inventores tienen por lo menos un ayudante.

—¿Cómo va la máquina antigravitatoria? —preguntó Peter—. ¿Te han llegado mis últimos bocetos?

—Tus bocetos lo han aclarado todo —dijo el ayudante—. Hemos hecho los cambios que sugerías y encendimos la máquina durante cinco segundos. Toda la habitación empezó a flotar, como habías dicho. Antes de intentarlo de nuevo vamos a atornillar las mesas y las sillas al suelo.

—No hagáis ninguna prueba hasta que regrese de vacaciones —dijo Peter—. Quiero verlo con mis propios ojos. Vuelvo este fin de semana.

Cuando acabó de hablar por teléfono, salió al jardín y se detuvo ante el riachuelo. Era un hermoso día. El agua que corría bajo la pasarela de madera producía un agradable sonido y estaba excitado con su nuevo invento. Pero, por alguna razón, no tenía ganas de alejarse de la casa. Oyó un sonido tras él y se dio la vuelta. Gwendoline estaba en el umbral, mirándolo. Peter sintió otra vez la opresión en el estómago. Era una sensación fría, de caída. Sintió un poco de debilidad en las rodillas. Gwendoline tenía el brazo apoyado en el borde de un viejo barril de agua que había junto a la puerta. La luz de la mañana, rota por las hojas de los manzanos, bailaba sobre sus hombros y su pelo. En sus veintiún años de vida,

Peter no había visto nunca nada tan, en fin, tan perfecto, delicioso, estupendo, hermoso..., no había una palabra adecuada para lo que veía. Los ojos verdes de Gwendoline estaban fijos en él.

—¿Vas a dar un paseo? —dijo suavemente.

Peter casi no consiguió hablar. Se aclaró la garganta.

—Sí. ¿Quieres venir?

Cruzaron juntos el jardín hasta llegar al camino elevado por el que había pasado antaño el ferrocarril. No hablaron de nada en particular —de las vacaciones, el tiempo, las historias de los periódicos—, cualquier cosa para evitar hablar de ellos mismos. Ella puso su suave y fresca mano en la suya mientras caminaban. Peter pensó seriamente que podía flotar hasta la copa de los árboles. Había oído hablar de chicos y chicas, de hombres y mujeres, que se enamoraban y sentían que enloquecían, pero siempre había pensado que la gente exageraba. Al fin y al cabo, ¿cuánto te puede gustar alguien? Y, en las películas, esas escenas obligadas, cuando el protagonista y la protagonista se tomaban el tiempo de ponerse sentimentaloides, mirarse a los ojos y besarse, siempre le habían parecido una pérdida inútil y ridícula de tiempo que lo único que hacía era retrasar unos minutos más el final de la historia. Y ahí estaba en ese momento, fundiéndose con el simple contacto de la mano de Gwendoline, y quería gritar, rugir de alegría.

Llegaron al túnel y, sin detenerse para hablar de ello, entraron por la abertura de los tabloncillos hasta la fría oscuridad cargada de polvo. Se fueron acercando más el uno al otro a medida que avanzaban y soltaron algunas risas al tropezar con las piedras del suelo. El túnel no era muy largo. Ya veían el fondo, brillando como una estrella rosa. A mitad de camino se detuvieron. Se acercaron más. Los brazos y la cara aún estaban cálidos del sol. Se juntaron más y, con el sonido de los animales que huían y el goteo del agua en los charcos, se besaron. Peter supo que, en todos los años de una niñez feliz, incluso en sus mejores momentos, como cuando había jugado con La Banda de la Playa en un anochecer de verano, nunca había hecho nada mejor, nada tan emocionante y extraño como besar a Gwendoline en el túnel del ferrocarril.

Mientras caminaban hacia la luz, ella le contó cómo un día sería médico y científico y trabajaría para descubrir nuevos remedios contra enfermedades mortales. Salieron parpadeando a la luz y encontraron bajo los árboles un lugar donde crecían flores azules con esbeltos tallos curvos. Se tumbaron de espaldas, con

los ojos cerrados, el uno al lado del otro en la hierba alta, rodeados por sonoros insectos. Él le habló de su invento, la máquina antigraavitatoria. Podían partir juntos pronto, subir a su deportivo descapotable de dos plazas y conducir por las estrechas carreteras de Cornualles y Devon hasta Londres. Podrían pararse en un restaurante del camino y pedir mousse de chocolate y helado de vainilla, y limonada a raudales. Llegarían a medianoche al edificio. Subirían en el ascensor. Entrarían en el laboratorio y él le enseñaría la máquina con sus cuadrantes y sus suaves luces. Le daría al interruptor y juntos chocarían y se tamblearían suavemente en el aire junto con las mesas y las sillas...

Debió de quedarse dormido en la hierba mientras le contaba eso. Coche deportivo, pensó entre sueños, mousse de chocolate, medianoche, quedarse despierto hasta que uno quisiera y Gwendoline... Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no estaba mirando el cielo, sino el techo de su habitación. Salió de la cama y se dirigió a la ventana que daba a la playa. Vio a La Banda, a lo lejos. La marea estaba baja, las charcas de las rocas los esperaban. Se puso los pantalones cortos y la camiseta y bajó a toda prisa. Era tarde, todo el mundo había acabado de desayunar hacía rato. Bebió un vaso de zumo de naranja, cogió un panecillo y salió corriendo, a través del pequeño jardín trasero, en dirección a la playa. La arena ya estaba caliente bajo sus pies, y sus padres y sus amigos ya estaban instalados con los libros, las sillas de playa y las sombrillas.

Su madre lo saludó.

—Vaya dormida. Lo necesitabas.

Sus amigos lo habían visto.

—¡Peter, Peter! ¡Ven, mira! —le gritaron.

Excitado, empezó a correr hacia ellos y, más o menos a la mitad del camino, se detuvo y se dio la vuelta para mirar una vez más a los adultos. Al amparo de una sombrilla, se inclinaban unos hacia otros mientras hablaban. Albergaba un sentimiento diferente hacia ellos. Había cosas que sabían y querían que para él sólo estaban empezando a aparecer, como sombras en la niebla. Al fin y al cabo, tenía delante nuevas aventuras.

Como de costumbre, Gwendoline estaba sentada aparte con sus libros y papeles, estudiando para su examen. Ella lo vio y levantó la mano. ¿Se había colocado bien las gafas de sol o era un saludo? Nunca lo sabría.

Se dio la vuelta y contempló el océano. Relucía, hasta el amplio horizonte. Se extendía ante él, vasto y desconocido. Unas tras otras, las interminables olas se acercaban revolcándose y susurrando hasta la playa, y a Peter le parecieron semejantes a todas las ideas y fantasías que tendría en su vida.

Oyó que lo llamaban de nuevo. Su hermana Kate bailaba y saltaba en la arena húmeda.

—¡Hemos encontrado un tesoro, Peter!

Tras ella, Harriet se sostenía con un solo pie, las manos en la cadera, dibujando un círculo en la arena con el dedo gordo. Toby, Charlie y los pequeños se empujaban para hacer cola y saltar desde una roca dentro de una charca de agua salada. Y detrás de toda esta agitación humana el océano cabeceaba, se plegaba y se deslizaba, porque nada podía permanecer inmóvil, ni la gente, ni el agua, ni el tiempo.

—¡Un tesoro! —gritó otra vez Kate.

—¡Ya voy! —gritó Peter—. ¡Ya voy!

Y empezó a correr hacia la orilla del agua. Se sintió hábil y ligero saltando sobre la arena. Iba a despegar, pensó. ¿Estaba en las nubes o volaba?



Ian McEwan, nacido en (Aldershot, Hampshire, Inglaterra, 21 de junio de 1948, novelista inglés, es uno de los miembros más destacados de su muy brillante generación. Posee el título de Comendador (*Comendador*) de la Excelentísima Orden del Imperio Británico.

Estudió en la Universidad de Sussex y en la Universidad de East Anglia, donde tuvo como profesor a Malcom Bradbury. La primera de sus obras que salió a la luz fue la colección de relatos *Primer amor, últimos ritos* (1975). En 1997 publicó *Amor perdurable*, considerada por muchos como una obra maestra acerca de una persona que sufre el síndrome de Clerambault. En 1998, y causando gran controversia, le fue concedido el Booker Prize por su novela *Ámsterdam*.

En marzo y abril de 2004, unos meses después de que el gobierno británico le invitara a una cena con la primera dama de los Estados Unidos, Laura Bush, el Departamento de Seguridad Nacional de este país le impidió la entrada al mismo por no tener el visado apropiado para trabajar (McEwan estaba preparando una serie de conferencias remuneradas). Sólo varios días después y tras hacerse público en la prensa británica se le permitió la entrada, ya que, según un oficial de aduanas le dijo: «Seguimos sin quererle por aquí, pero todo esto está atrayendo mucha publicidad desfavorable».